

EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 13 de Julio de 1911.

Núm. 28.

JOSE RIZAL

Desterrado desde 1892 en Dipitan (Mindanao) se trasladó á Manila á mediados del 96 para pasar á Cuba como médico militar de nuestro ejército. Coincidió su llegada con el levantamiento; y aun cuando los frailes se oponían, el general Blanco lo dejó embarcar libremente para la Península. Y él, en vez de fugarse como pudo hacerlo, y como lo hicieron otros, se dirigió á España.

Llega el general Polavieja á Filipinas, y elevadas poco después las causas á plenario para firme sentencia, apareció Rizal en ellas comprometido por las declaraciones *arrancadas á la fuerza*; se telegrafió á la Península reclamándole, y al llegar á Barcelona quedó detenido, regresando á Manila en la barra del primer vapor correo.

Al pillarle de nuevo entre sus garras los frailes, rugieron de alegría y se prepararon á saciar su venganza en el célebre autor de *Noli me tangere*, sin comprender el abismo que abría entre la Península y Filipinas. Y la noble víctima fué sacrificada.

En la mañana del 30 de Diciembre de 1896 despidióse de su septuagena ía y de consolada madre y de su hermana, casóse con su fiel compañera la irlandesa Josefina Brocken, escribió á su hermano, y salió de la fortaleza de Santiago á las siete, acompañado de los jesuitas Mach y Viladara.

Al entrar en el cuadro despidióse de su defensor con un apretón de manos, y puesto de frente á los soldados indígenas encargados de su ejecución, pretendió morir cara á cara; mas convenido al fin de que habían de herirle por la espalda, recomendó apuntaran al corazón, y exclamando *Consummatum est*, recibió la descarga, dió media vuelta, vaciló un poco y cayó hacia el lado derecho, sobre un escalón de la luneta y junto á un grupo de arbustos. Un tiro de gracia le remató en seguida, quedando ileso su cuerpo y con los ojos abiertos.

Al caer á tierra aquel endeble cuerpo, en medio del tenebroso cuadro formado por millares de espectadores, entre los que se destacaban elegantes mujeres cual impúdicas damas de la bárbara Roma en una fiesta del Coloso, una explosión general de vivas y bravos fué la única y piadosa oración cristiana que se elevó al cielo.

Bravos y vivas que la lógica de la justicia trocó á los dos años en ayes de angustia y agonía, lanzados por los que en la muerte de aquel hombre superior se gozaron, y que, de haber vivido, quizás habría alcanzado con su ascendiente sobre los tagalos una paz que nos asegurara por algún tiempo más la posesión del Archipiélago.

Las balas que arrabataron la vida á Rizal privaron á Filipinas de uno de sus más preclaros hijos, pues Rizal era médico, abogado, músico, políglota, poeta y novelista; y los que dictaron su sentencia, privaron á España de la mas rica de sus Colonias.

La noche antes de morir se despidió de la vida y de Filipinas y de sus compatriotas en la siguiente conmovedora poesía, donde no hay una palabra contra España ni una queja contra sus verdugos.

EL ULTIMO ADIOS

¡Adiós, patria adorada, región del sol querida
Patria del mar Oriente, nuestro perdido edén.
¡A darte voy alegre, la triste mustia vida!
Si fuera más brillante, más fresca, más florida,
también por ti la diera, la diera por tu bien!

En campos de batalla, luchando con delirio,
otros te dan sus vidas, sin dulas sin pasar;
el sitio nada importa; ciprés, laurel ó lirio,
cadalso ó campo abierto, combate ó cruel martirio,
lo mismo es si la piden la patria ó el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora
y al fin anuncia el día tras lóbrego capuz;
si grana necesitas para teñir tu aurora,
vierte la sangre mía, derrámala en buen hora,
¡y dórela un reflejo de tu naciente luz!

Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente,
mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor,
fueron el verte un día joya del mar de Oriente,
secos los negros ojos, alta la tersa frente,
sin ceños, sin arrugas, ni manchas de rubor!

¡El sueño de mi vida, mi ardiente y vivo anhelo!
¡Salud, te grita el alma que pronto va á partir!
¡Salud!... ¡Oh, que es hermoso caer por darte vuelo,
morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

Si sobre mi sepulcro brotar vieses un día
entre la espesa hierba, sencilla, humilde flor,
acércala á tus labios, que es flor del alma mía,
y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,
de tu ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja á la luna verme con luz tranquila y suave,
deja que el alba envíe su resplandor fugaz;
deja gemir el viento con su murmullo grave,
y si desciende y posa sobre mi cruz un ave,
deja que el ave entone un cántico de paz.

Deja que el sol ardiente las lluvias evapore
y al cielo tornen puras con mi clamor en pos;
deja que un ser amigo mi fin temprano llore;
y en las serenas tardes, cuando por mi alguien ore,
ora también ¡oh patria! por mi descanso á Dios.

Ora por todos cuantos murieron sin ventura;
por cuantos padecieron tormentos sin igual;
por nuestras pobres madres que lloran su amargura:
por huérfanos y viudas, por presos en tortura,
y porque pronto veas tu redención final.

Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio
y sólo restos yertos queden velando allí,
no turbes el reposo, no turbes el misterio;
pero si acordes oyes de cítara ó salterio,
soy yo, querida Patria, yo que te canto á mí.

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,
no tenga cruz ni piedra que marque su lugar,
deja que la are el hombre, que la esparza la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan á la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan á formar.

¡Entonces nada importa me pongas en olvido!
Tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré;
vibrante y limpia nota seré para tu oído;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi fe.

¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores;
querida Filipinas, oye el postrer adiós!
Ahí te lo dejo todo: mis padres, mis amores;
voy á do no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!

¡Adiós, padre y hermanos, trozos del alma mía,
amigos de la infancia en el perdido hogar!
Dad gracias, ya descanso del fatigoso día.
¡Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!
¡Adiós, queridos seres!... ¡Morir es descansar!

Fragmento de otra poesía que escribió en Dapitan, el año 1894, durante su deportación:

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena
y al pie de una montaña cubierta de verdor,
planté mi humilde choza, bajo arboleda amena,
buscando de los bosques en la quietud serena
reposo á mi cerebro, silencio á mi dolor.

Su techo es frágil nipa, su suelo débil caña,
sus vigas y columnas maderos sin labrar;
nada vale, por cierto, mi rústica cabaña,
mas duerme en el regazo de la eterna montaña
la cania y arrulla noche y día la mar.

Una fuente, arroyuelo que de la selva umbría
desciende entre peñascos, la besa con amor,
y chorro le regala, por tosca cañería,
que en la calada noche es canto y melodía
y néctar cristalino del día en el calor.

Del *bálo* los arrullos, de las aves el trino,
del *cálao* (1) la voz ronca, sólo se oyen allí:
ni hay tiempo vanidoso que, importuno vecino,
se imponga á mis ideas ni estorbe mi camino;
sólo tengo las selvas y el mar cerca de mí.

Son como fiel amigo que mi pesar deplora,
que alientos presta al alma cuando triste la ve,
que en mis noches de insomnio conmigo vela y llora,
conmigo en mi destierro y en mi cabana mora,
y cuando todos dudán sólo él me infunde fe.

Mariposa sedienta de luz y de colores,
soñando en otros cielos y en más vasto pensil,
dejé joven apenas mi patria y mis amores,
y errando por do quiera sin dudas, sin temores,
pasé en tierras extrañas de mi vida el abril.

Y luego cuando quise, golondrina cansada,
al nido de mis padres y de mi amor volver,
rugió de pronto dura, violenta turbonada,
vinieron rotas las alas, desecha la morada (2)
la fe vendida y ruinas, lamentos por doquier.

Por lo copiado vese que la característica de la poesía de

(1) *Bálo*, es especie de paloma torcaz; *cálao* otra ave, de gran tamaño y canto muy bronco.

(2) Los frailes dominicos, á pretexto de un injustificado deshacimiento, hicieron derribar la casa del autor de *Noli me tangere*. ¡Noble vendetta!

Rizal era la tristeza, la melancolía, al revés de su prosa, que se distingue por una acritud enérgica y una dureza irónica. Del efecto que su ejecución produjo en Filipinas dan idea las siguientes estrofas de una poesía que el joven filipino Cecilio Apóstol publicó en 1899 con ocasión del tercer aniversario de la muerte de Rizal.

...¡Gloria á Rizal! Su nombre sacrosanto
que con incendios de Tabor llamea,
en la mente del sabio es luz de idea,
vida en el mármol y en el arpa canto.

¿Quién no sintió burladas sus congojas
repasando tu libro (1) en cuyas hojas
la popular execración estalla?
Hermanando la mofa y el lamento,
vibra encarnado en su robusto acento
el silbo agudo de cadente tralla.

Esta es la fecha, el día funerario
en el cual el tirano sanguinario
te hizo sufrir el bárbaro tormento,
cual si al romper el ánfora de tierra
la esencia que en el ánfora se encierra
no hubiera acaso de impregnar el viento.

Duerme en paz en las sombras de la nada,
redentor de una patria esclavizada.
No llores, de la tumba en el misterio,
de tu verdugo el triunfo momentáneo,
que si una bala destrozó tu cráneo,
también tu idea destrozó un imperio.

Con lo transcrito basta para demostrar que la *justa* (Rizal no había conspirado) y *prudente* ejecución del escritor filipino, sirvió para encender más y más el fuego de la insurrección.

Si en las almas fanatizadas por la religión cupiese el remordimiento, compadeceríamos al general Polavieja por haber sacrificado una víctima tan ilustre, como hombre, como poeta y como español.

Como español, sí. Lo era, y hubiera continuado siéndolo, como todos los filipinos, á poco que España hubiera hecho por la libertad y el engrandecimiento de la Colonia; más españoles que los frailes cuyas crueldades y cuya codicia nos hicieron perder las islas, y que, repletos de riquezas, se negaron más tarde á dar ni un céntimo para el rescate de los españoles prisioneros.

(1) Alude á la novela *Noli me tangere*, sátira cruel contra los frailes.

¡QUE LO CANONICEN!

Ningún periódico republicano (que yo sepa), ha contestado al artículo que dediqué á Azcárate en el número anterior; sin duda adivinaban que el propio presidente de. Consejo de ministros iba á darme la respuesta.

El Congreso Eucarístico nombró una Comisión que visitase á los señores Canalejas; Barroso, ministro de la Gobernación; Luque, de la Guerra; y Francos Rodríguez, alcalde Madrid, para darles las gracias por el apoyo que habían prestado al Congreso. De los cuatro, Canalejas, Luque y Francos Rodríguez han sido republicanos y anticlericales, y los dos últimos librepensadores rabiosos.

Formaban la Comisión el obispo de

Madrid Alcalá y el de Sión, el duque de Vistahermosa y el marqués de Pidal, los secretarios generales eclesiásticos y seglar, los capellanes de ambos prelados y el director de *El Debate*, como secretario de la Subcomisión de publicidad.

Y entre las frases de compenetración apostólica y de cortesía que se cruzaron, Canalejas dedicó un recuerdo de justo MERECEIMIENTO al Sr. Azcárate, por las FRASES DE PAZ Y DE SOSIEGO que pronunció en el Congreso de Diputados.

«A esas frases del Sr. Azcárate—terminó diciendo el jefe del Gobierno—SE DEBE, Y ASÍ HAY QUE PROCLAMARLO, no poco de la tranquilidad en que todo el programa de las fiestas se ha desarrollado.»

El ministro de la Gobernación, señor Barroso, abundó en las mismas ideas expuestas por su jefe; besaron los dos

ministros los pastorales anillos, estrecharon cordialmente las manos de las personas que acompañaban á los Prelados y terminó la entrevista entre frases afectuosísimas.

De manera que ya lo saben los republicanos: Azcárate, que funcionaba oficialmente como clerical en el Colegio-presidio de Santa Rita y en la Hermandad del Refugio, figura desde hoy como socio protector del Congreso Eucarístico.

Convengamos, por tanto, en que ninguno con más *justos merecimientos* que él para dirigir la minoría republicana en el Congreso de diputados, ni para influir en la Conjunción republicano-socialista, que se ocupa (ó debe ocuparse constantemente) de preparar una revolución que baria casi todo lo que ha representado el Congreso Eucarístico

Algo he de rectificar á Canalejas: lo de que á Azcárate *se debe y así hay que proclamarlo*, un poco de la tranquilidad con que los eucarísticos han desarrollado su programa.

No; desgraciadamente, y para vergüenza de todos nosotros, esa tranquilidad se ha debido á la indiferencia ó á la cobardía de los elementos avanzados. La opinión de Azcárate, (ya lo sabe él), no tiene fuerza alguna entre los republicanos.

Por esto resulta lo que ha hecho despreciable cuquería: saber que en realidad no prestaba servicio alguno á los clericales, y decir aquello para que se lo agradeciesen, es indigno de un hombre serio. Riámonos, como se ríen los asistentes al Circo cuando el Tonto hace como que ayuda á los que trabajan.

Hay que darle á cada uno lo suyo; mas convengamos en que no es preciso calumniar á Azcárate para elogiarle ante los clericales. Lo aprecian hace tiempo por ser quien es.

¡El buen señor!... ¡Tan concienzudo él!... No le faltaría más que hacer algún milagrito decente para que lo canonizasen...

¿Pero qué estoy diciendo, si ha hecho ya uno mayor que el de mezclar el agua y el aceite en estado líquido?

Pasar por republicano y servir á los clericales sin que los republicanos lo dimitiesen ¿puede haber milagro más estupendo?

Trabajemos, pues, para que lo canonicen.

Y para que lo sea con todos los sacramentos, paso la pluma á Pcy Ordéix, rogándole que nos dé la fórmula, con latines y todo.

Yo no entiendo de latines.

Ni de canonizaciones.

A San Gumersindo II

La apología hecha del Sr. Azcárate por el Sr. Canalejas ante varios Prelados visibles é invisibles de la Iglesia, equivale á una de aquellas canonizaciones que por aclamación popular se hacían primitivamente en la Iglesia, cuando no les había salido todavía el Papa.

De ahí proceden los santos antiguos, muchos de los cuales no tuvieron en su canonización tanto capisayo. Por lo cual, dada por válida esta proclamación de santidad, puede pasarse á mayores.

En la próxima sesión de cardenales, EL MOTIN solicita que se apruebe la siguiente letanía, mandando rezarla y cantarla al final de las misas solemnes, con indulgencia plenaria y alma del purgatorio por cada versículo:

Letanía republicano eucarística

¡Azcárateysson! (tres veces).

¡Azcárate audinos!

San Gumersindo, ora pro nobis.

Eucarístico disimulado, *intercede pro nobis.*

Enredador de republicanos, *labora pro nobis.*

Tolerador del terror maurista *¡toléranos!*

Intolerante de los republicanos *¡destruyelos!*

En la Jefatura del Partido *¡sirvenos!*

D. fensor de la libertad de los que la combaten á tiros *¡defiéndenos!*

Sabio mudo para acusarnos *¡tápanos!*

Elocuente censor de tus correligionarios *¡confúndelos!*

Con la fama de tu honradez acreditada *¡hónranos!*

En los trances peligrosos *¡protégenos!*

De las iras de los amigos de Casandra *¡libera nos Domine!*

Para que podamos continuar la farsa *¡Te rogamos audinos!*

Para que podamos ir fusilando *¡Te rogamos óyenos!*

Que el pueblo se deje despellejar *¡Te rogamos óyenos!*

Que nos guardes las espaldas para nuestros negocios *¡Te rogamos óyenos!*

¡Azcárateysson! ¡Gumersindeleysson!

Oremus.

«¡Oh, excelso heraldo del clericalismo en el campo republicano, que con tu ateísmo apuntalas la religión y con tu republicanismo salvas el chanchullo monárquico; agradecida la Iglesia te aclama su protector y Legado Pontificio para enredar y desvanecer los planes republicanos. Por el Presupuesto Nuestro Señor. Amén.

Nota—Se recuerda á los católicos que no les es lícito llamar *santo canónico* á Azcárate mientras no lo declare la Iglesia, según decreto de Urbano VIII; por lo cual, EL MOTIN, siguiendo la costumbre jesuita, hace constar que este título de San Azcárate sólo tiene *valor humano*. Lo cual sirve de *quite* contra los lagartos de la *Defensa Social* que ignoran el decreto de Urbano VIII y el medio de escarnecerlo jesuíticamente y piadosamente.

Contestando

Antes de celebrarse la procesión del Congreso Eucarístico, dijo el periódico de Bonafoux, después de describir lo que estaba ocurriendo y lamentarse de la conducta de ciertos republicanos que alardean de anticlericales:

«Yo no sé que pensará Nakens de tanta mansedumbre anticlerical. Desde luego spongo que no estará con Azcárate, el político á la inglesa, tratadista de Derecho Público, cantor de la tolerancia y... enemigo de todos sus correligionarios á quienes insulta é injuria, cuando no los vende.

Antaño decía el gran Salmerón que había que republicanizar á las clases conservadoras. Hogaño los santones del republicanismo se conservadurizan y se reparten las prebendas del Presu-

puesto para ir tomando alientos con que traer la República... y el pueblo con el cencerro colgando, como el protagonista del *Hombre de mundo*, sin darse cuenta de que va dejando de ser macho, para ser cabrío, á secas, pero con t.

¡Oh la acción del tiempo! Hace unos años me hubiera indignado que alguien no supiese lo que yo pensaba en determinados asuntos; tan definidas juzgaba mi conducta y mi actitud.

Hoy he leído esos párrafos, y una sonrisa irónica ha asomado á mis labios. ¿Cómo extrañarme de que nadie sepa cómo pienso, si apenas lo sé yo? ¿Si el asco por un lado y la vergüenza por otro van lentamente embotando mis sentidos y entenebreciendo mi espíritu?

¡Oh vosotros los que tenéis la inconmensurable dicha de cultivar en el jardín de la esperanza la planta del ideal! Regadla mucho, para que se conserve siempre fresca y lozina.

Nota.—Por si no se ha fijado Bonafoux, le advierto que los anticlericales que obran como clericales pertenecen á los que ejercen de concejal para arriba. A mayor representación popular, más sensatez bacinesca.

Hay excepciones, pero pocas.

La tolerancia con los clericales

Nuestro estimado colega *El País* publica en el número de hoy un notable artículo de Luis Morote.

Trata de la procesión eucarística, en forma que nos invita á perdonarle su desertión del partido republicano.

No puede haber apostasía, ni capitulación, ni claudicación en quien sostiene en toda su integridad ideas tan fundamentales como las del librepensamiento.

Es un artículo ameno é interesante este de Morote.

Recuerda los días de su juventud en que apedreaba el Rosario de la Aurora, y hace un merecido elogio de aquellos valencianos, paisanos y amigos suyos, que supieron encerrar en las iglesias las imágenes de santos y santas y Cristos y Virgenes.

Es una franca apología del garrote anticlerical.

Morote comprende que, haciéndola, se pone en pugna con la tolerancia, tan en moda, y escribe estos párrafos admirables:

«Grande y santa es la virtud de la tolerancia, la primera de todas las virtudes, sin duda. Azcárate ha cantado su gloria, y yo me prosterno ante las palabras de Azcárate; pero, como ha dicho muy bien *El Mercantil Valenciano*, la primero es la libertad, y luego viene la tolerancia.

Si no tenemos libertad para nuestras ideas anticlericales y aun antirreligiosas; si no nos es lícito manifestarnos en nombre de ellas, ¿con qué derecho se nos exige que seamos tolerantes y transigentes?

La tolerancia implica reciprocidad. ¿La tienen por ventura los fanáticos católicos, los de «El Corazón de Jesús está conmigo», los de «¡Viva el Papa-

Reyl, los cerriles creyentes que imponen la fe á trabucazos?

Yo prometo no meterme con nadie, no lastimar las creencias de nadie con tal de que nadie lastime las mías ni penetre en mi hogar y en mi conciencia para perturbarlos. Cuando los *Hama-chas*, Cofradía religiosa musulmana que se entrega á la práctica de los mayores delirios y de las más extravagantes barbaridades, entra en las calles de Tanager, los vecinos de la ciudad cosmopolita, incluyendo á los moros, se encierran en sus casas. Lo prudente es dejar pasar la horda.

Y horda ha pasado muchas veces, pero muchas, por las calles de la muy católica España, bajo las formas de *Hama-chas* cristianos. Si ahora están más prudentes y domesticados, es porque los liberales no se encerraron en sus moradas y no fueron prudentes...

Luego hace una valiente ostentación de su incredulidad y proclama su independencia de todo prejuicio religioso y su divorcio de toda práctica religiosa en estas líneas:

«Yo no soy de los que capitulan, de los que claudican. No sé si sabré nunca desear de mis convicciones. No comprendo á los que, siendo hombres de su tiempo, librepensadores, descreídos, no practicantes de la religión, abdicar siete veces al día de sus ideas, ó por no hacerse sospechosos, ó por no pugnar con los fanatismos de las mujeres, ó por conservar prestigios sociales y políticos á costa de su dignidad y de su honradez ideal. El que no se atreve á luchar y á vencer en el seno de la familia y en ella sucumbe y no da carácter laico al matrimonio, al nacimiento, á la muerte, secularizando su vida anterior, ¿qué derecho va á tener para secularizar la vida exterior, la de su pueblo, la de su nación, la de su Estado? Derrotado en esas pequeñas escaramuzas, ¿qué será de él en las grandes batallas de su existencia pública como político reformador, progresivo, revolucionario? Más lástima que coraje me inspiran esos vencidos. Creo que con su número, por desdicha muy crecido, se engañan los ultramontanos. Los suman á la grey clerical, que así parece grande, inmensa, casi nacional...»

—¡Ché!—ha dicho un compañero de redacción, valenciano como Morote y anticlerical por esencia, presencia y potencia —Un monárquico como Morote vale más que muchos republicanos de esos que se casan por la Iglesia, que bautizan sus hijos y que entierran á sus padres ancianos en Sacramentales y Camposantos.

Así es, en efecto: Morote será siempre un correligionario nuestro por anticlerical, y tendrá todas nuestras simpatías por los actos civiles de su vida privada.

EL RADICAL

Uno mi anlauso á los que tributan á Morote *El País* y *El Radical*. Como he dicho varias veces, prefiero un monárquico librepensador á un clerical republicano.

La conducta de Morote en este caso es digna, y sobre todo desinteresada. Se ve que al hablar así se juega la cartera de ministro en la monarquía, y habla ni embargo.

Comparémosla con la de Azcárate, que acepta cargos de Real y defiende á los eucarísticos, sin renunciar al mote de republicano (en él siempre fué mote ese nombre), y dígame donde están la pureza y la lealtad política.

Y no es en este caso únicamente donde debe tomar ejemplo de Morote.

Cuando éste vió que los republicanos juzgaban duramente un acto suyo, renunció al acta de diputado que le habían dado y se apartó del partido. Azcárate lo hizo también una vez, mas fué para presentarse á la reelección por el mismo distrito.

Verdad es que el caso no era igual. Como Azcárate no ha venido nunca al Parlamento por los votos de los republicanos exclusivamente, sabía de antemano que resultaría elegido aunque ningún republicano le diese su voto.

En fin, que hay cosas que parecen iguales y son distintas; como hay hombres que se empeñan en pasar por lo que no son: por republicanos siendo monárquicos, y por monárquicos siendo republicanos.

Y así anda todo.

A los de la Defensa Social

Voy á daros...

(¡Calma, calma, y no os entusiasmeis, asquerosos, hasta saber lo que voy á daros!)

Voy á daros... una noticia que os va á desesperar:

Las láminas en cartulina representando las diversas maneras que ha tenido la Iglesia de interpretar el «*Amaos unos á otros*», se venden que es una bendición. Siguiendo así, antes de tres meses no quedará rincón en España á donde no llegue alguna.

¡Y qué propaganda tan eficazmente hermosa! Casa donde peguen una lámina de esas en la pared, casa desinfectada completamente y para siempre del microbio clerical.

La lámina entrará por los ojos en el corazón, y despertará indignaciones; en el cerebro, y fijará convicciones.

Al mirarla los niños, se acostumbrarán á odiar á los defensores de aquellos tormentos, á los que sueñan con encender nuevamente hogueras.

Al contemplarla las madres, pensarán en que los torturados y quemados tuvieron madres también, y, estremecidas de horror, estrecharán fuertemente á sus hijos contra su pecho, jurando hacerlos libres, para evitar que se los quemem.

Al fijarse en ella los hombres, se avergonzarán de su actual cobardía, y sentirán surgir en sus espíritus aquellas cóleras santas que sintieron los que en otros tiempos lucharon por la libertad, para impedir que perdieran tamañas infamias, crímenes tan horrendos.....

Mas variaré de estilo, y ¡que la Divina Providencia se ha dignado, en sus altos é inescrutables designios, concederme el don de emplear regularcillamente todos:

Si no fuera, sucesores en línea recta de los cerdos de Israel, porque soy muy delicado de olfato, iría frente á vuestra pocilga, á gritaros con acentos de Isai s:

«Vuestra persecución estúpida me ha inspirado la gran idea de dar esas láminas.

Llorad vuestra torpeza, cocodrilos eucarísticos.

Silbad vuestra rabia, serpientes venenosas.

Rebusnad vuestra impotencia, hijos predilectos de la que montó Ba aam.

Imitad á Daniel en lo de comer excrementos, escarabajos.

Destilad humor fétido de vuestras verrugas, sapos.

Y dadme ahora las gracias por lo que dejo de deciros.»

La mujer y los jesuitas

Cada vez que paso junto al gran edificio que tienen los jesuitas casi enfrente de esta redacción, y veo bajar ó subir señoras á los coches ó automóviles que están á la puerta, sospecho que no van muy descaminados los que sostienen que las hembras, de cualquier clase ó condición que sean, quieren más á quien peor las trata; y recuerdo aquella filípica, célebre por lo desvergonzada, que allá por los años 1895 ó 1896 echó el jesuita Girzón á las señoras de la aristocracia desde el púlpito de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, algunos de cuyos párrafos reprodujo en esta forma un periódico ortodoxo, *El Correo Español*:

«Por regla general, no vais al templo á orar; vais á ver y á ser vistas; allí os presentáis con el mismo traje que os sirvió para llamar la atención en el paseo, con los mismos adornos que lucís en el salón de Conciertos, en el teatro ó en otro lugar profano; y llega vuestra irreverencia al extremo de prosternaros, para hacer la vela al Santísimo, llevando sobre la cabeza eso que llamáis sombrero y que no pasa de ser un promontorio de plumajes, cintas y flores de trapo, todo llamativo, todo impropio del respeto que á sí misma se debe la mujer cristiana.

Llenáis los templos, procurando en ellos ocupar sitio preferente, para que os tengan envidia las otras que no alcanzaron papeleta, siempre que se os ofrece música deleitosa, iluminación abundante, muchos oropeles y un predicador que os aturde con sus voces, os marea con descripciones realistas y halaga vuestro oído con frases rebuscadas.

De las medallas, escapularios y demás objetos piadosos, hacéis adornos para engalanaros, luciéndoos como si fuesen objetos profanos.

No por devoción, sino porque figure vuestro nombre en todas partes, hacéis

que lo inscriban en cuantas Cofradías, Hermandades y Congregaciones existen, más que para rendir culto á Dios y á la Santísima Virgen, para satisfacer vanidades mundanas.

No practicáis la limosna como recomienda el Evangelio, y hacéis servir á la caridad cristiana de manto para cubrir el ansia de goces mundanos que os atormenta; por eso acudís á las fiestas llamadas de Beneficencia, no llevadas del deseo de dar algo para los necesitados, sino del anhelo de divertirlos y de que vuestros nombres aparezcan anotados en las revistas que publican los periódicos, juntamente con los menores detalles del tocado con que os exhibisteis, allí donde con tanta facilidad se prepara la ocasión para faltar á vuestros deberes de hijas o de esposas.

¿Cuál de vosotras visita con frecuencia los hospitales y los asilos y deja en ellos limosna para los enfermos y desvalidos? En cambio, dáis algún dinero cuando tenéis la seguridad de que se publicarán vuestros nombres.

Hacéis las prácticas religiosas, no porque os nazca del corazón, sino para que os vean con el tocado con que os presentáis en el templo, y porque os sirve de pasatiempo.

El que al P. Girzón no le agraden las mujeres, según pública voz y fama, no es motivo para recusarle en este pleito; antes bien debiera servir para admirar lo acertado del juicio que sobre ellas emite. Si no conociéndolas bien, las describe tan maravillosamente, ¿qué no hiciera de conocerlas á fondo?

Pero vamos al caso.

¿Cómo, después de saber la opinión que de ellas tienen los jesuitas, acuden á sus centros casi todas las señoras de la aristocracia?

No me lo explico, sino por lo que dije antes: porque á las hembras les gusta ser tratadas con dureza, aunque sea injustamente. De no ser así, ninguna se dignaría ni mirar á un jesuita, pues todos tienen de ellas la misma opinión.

El que las traten y halaguen para explotarlas, no quiere decir que las respeten y consideren. Es de naturaleza humana despreciar á los que engañamos.

Batalla de "Hojas" y... de estacas

Que las *Hojitas Píadasas* han sembrado pánico en el campo clerical, ya lo sabemos.

Contra ellas han librado la batalla de palo y trompazo, en la cual han salido magullados y escarmentados algunos hijos jesuitas de los utilizados como perros de presa; que á eso expone el jesuitismo á sus devotos.

Después libró la batalla judicial que está terminando en punta; en la punta de Ponce de León, empleado del Banco de León XII, que se siente muy león en el estrado judicial, del cual quedará pronto desbancado.

Ahora van á librar la batalla de *hojitas* que van á ver nuestros lectores en estos párrafos del Heraldo jesuita de Bilbao, que hacemos nuestros con los paréntesis debidos:

¿CÓMO (A UN NEO) HACERLE CAMBIAR DE IDEOLOGÍA?

«En Bilbao (y en todas partes) se va consiguiendo y hay varios procedimientos, tal vez lentos, pero entre tanto y como preliminar hay uno

MUY IMPORTANTE

»El de repartir folleto, á la salida de las iglesias, á los niños de la Doctrina, á los pobres. Se puede esparcir hojas sueltas por las calles y barrios ocultos, que algunos las recogerán y leerán y agradecerán, sobre todo si son hojas circunspectas y bien escritas (como lo son las de EL MOTIN).

»El modo de hacer esta labor es económico, muy económico, y sencillo, muy sencillo, y los que deseen instruirse en estos métodos, pueden dirigirse á Bilbao (quiere decir, á EL MOTIN) donde se les remitirá instrucciones y la labor que se logra

SUPERAR LAS ESPERANZAS

porque claro es que por una *hojita* no se suele convertir á un incrédulo (*fanático*) pero sí se suele quebrantarle en un punto, demostrándole que le han engañado, con lo cual ya duda de todos los demás. Y se hace incrédulo de la impiedad (*jesuitica*).

Bilbao (San Juan) 21 Junio 1911.

Bien; del enemigo el consejo.

Y para que los Padres jesuitas hayan de morderse los puños y puedan nuestros repartidores repartir las *Hojitas* en la misma misa de comunión general *impunemente*, nuestras *Hojitas* van á ser en adelante católicas, archicatólicas y reconsecradas.

Señalán documentos reales, pontificios é inquisitoriales.

De modo que... esto: se roerán los puños y habrán de arrancarse ellos mismos los ojos.

¡No contaban con esta ayuda los jesuitas y obispos!

Cristo en el Juzgado de Instrucción

El jueves tuvo EL MOTIN el nuevo alto honor de ser llamado á audiencia pública en el Juzgado de Instrucción, en apelación contra la sentencia del Juez Municipal del distrito del Hospicio, gerente del Banco de León XIII, Cominas y compañía.

Los primeros personajes que allí vimos fueron Jesús y la Magdalena.

Como lo oyen: estaban en un cuadro á la testera del trono judicial; y como nada hay más elocuente y hablador que las imágenes mudas para quien sabe oírlos, he aquí la conversación que oímos los de EL MOTIN entre el Jesús y la María parados en el descenso de la Cruz que el cuadro representa:

—Oye, María; ¿de qué se trata ahora?

—Si no he oído mal, se trata de EL MOTIN. Cierro: allí está Nakens endomingado... hasta lleva corbata... Nakens... Es simpático ese condenado.

—A mí me es simpático por muchos conceptos. Primeramente porque zurra á los mercaderes del templo y desmascara a los hipócritas que da gusto.

—Pues, cosa rara: la causa de comparecer aquí es de tus ministros, por ofensas á Ti, Maestro.

—¿Por mí le traen al Juzgado?

—Por Ti, según ellos dicen.

—Te juro, Magdalena, que mienten

como bellacos. Así me mataron á mí los ministros de Mi Padre.

—Pues, mírales; ya están ahí: uno, dos, tres... Vendrán todos los de la Procesión Eucarística...

—No lo creas, María. Si aquí reparatiesen dones y gracias, esto es, prebendas y títulos, no faltaría un cardenal. Y si tú fueses pecadora aún, no faltarían mil frailes acudiendo á *convertirte*. Y si se tratase de algún testamento, verías acudir jesuitas. Pero, amén, amén, te digo que los de la Procesión no me acompañaban á mí por lo que tuve de Cristo, sino por lo que tiene mi fama de Júpiter poderoso, de Marte irritable, de Baco orgiesco, de Bala millonario, de Mercurio chanchullero y gitano, de Diablo hacedor de imposibles y protector de canallas y de Vulcano fabricante de trabucos y cañones. Esto sin contar los que trajeron allá el Hambre, la Vanidad, la Hipocresía, y aun Venus, Cupido, Diana y Celestina. Pero de esos esto para otro rato; dime: son tres, no más...

—Uno lo veo claro: es gordo y alto, hombre de bulto... no son los que más hacen pecar á las mujeres... otro que debe ser su criado, según anda de fané; y otro que no sé si es enteño ó medio...

—¿Y dices que vienen á defenderme en el tribunal?... No lo creo. Tú, María, has oído el otro día en esta sala recitar aquellos versos: «Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» Yo te digo que tan solos suelen quedarse los reos. Si á esos fueros les fuese en ello la cabeza ó la bolsa, de lijo que me vería como allá en el Pretorio. Dime, María: ¿serán el Nuncio, el cardenal de Toledo y el obispo de Madrid?...

—Yo no les veo las mitras ni los pectorales; pero como ahora suelen disfrazarse, cualquiera se aventura.

—Cilla, María; parece que oigo una voz...

—Sí; es la del ministro-abogado.

—¿Qué chillona es!... ¿Será Vázquez de Mella?

—No le conozco, pero no lo creo. Por lo que los visitantes de otros días han dicho en esta sala, como no sea Dalmacio Iglesias, que dicen ser muy reducido...

—Fíjate... Habla de Mí... ¿Has oído?

—¿Qué manera de despotricar, Maestro!... Se ve que tiene su genicillo... Habla de la lámina aquella en que aparecía tu imagen contemplando meditabundo y como arrepentido aquella escena de la Inquisición y del banquete en que, mientras se achicharraban los inocentes, los fariseos celebraban sus festines...

—¿Qué tiene que ver esta estampa? Yo la hice de palabra muchas veces. ¡Ah, fariseos—decía,—que matáis á los profetas en vida, los honráis después que los matasteis, cobrando el precio de sus huesos y comiendo á costa suya y de sus devotos!...

—Cabalmente eso mismo parece decir la lámina...

—¿De la Inquisición?... No me ha

bles. Tú sabes, María, que los inquisidores iban á la parte de las multas y confiscaciones; tú sabes que con ese dinero sacado de los condenados se celebraban banquetes como aquel del cardenal Riari, en que gastó trescientos mil escudos y reventó al día siguiente...

—Quizás sea ese cardenal el de la lámina... Está al lado de una monja, según dice tu abogado.

—Dime: ¿es la Madre Juana de Co-

rellas?

—No recuerdo quien es...

—Aquella en cuyo convento se encontraron los huesos de dieciséis niños abortados y veinte matados...

—¿Je ú... qué dices?... No lo digas muy alto si no quieres exponerte á que esos ministros tuyos te tapen la boca y te llamen otra vez endemoniado...

—Digan lo que quieran, ellos son los que dijeron haberlo visto y comprobado: los inquisidores.

—No debe ser la Madre Juana, pues no se le conocen en la cara tales estopicios.

—¡Calla!... ¿Oye? Dicen que te ofende á Ti y á la moral de presentar en lámina un banquete alumbrado por las llamas de las hogueras inquisitoriales...

—¿A Mi me ofenden con eso? Lo que me ofende es que se haga, y lo que se diga que se ha hecho. ¡Hipócritas y fariseos, que públicamente quemáis a los que gratuitamente hacéis reos; públicamente celebráis vuestros banquetes, rodeados de antorchas, y secretamente compráis las antorchas y los faisanes con el dinero sacado de los reos!... ¿No hacéis esto á diario, raza de vibo as, mercaderes hipócritas, sepiucros blanqueados, por fuera llenos de escupulillos y medallas y por dentro llenos de malas intenciones...?

—Pues, mira, pide que castiguen por ello á Nakens, que dicen ser enemigo tuyo...

—¿Por esto le castigan? Si crearán esos hipócritas que Yo soy como ellos... ¿A mi queridísimo Nakens...?

—¿Queridísimo, dices?

—Como lo oyes, María. Tú me entenderás; que esos zoquetes son hartos duros de mollera.

—Di, Maestro.

—¿No he dicho mil veces que Yo tengo por especialidad amar á mis enemigos y pagar con amor el odio? Pues, hete ahí: cuanto más me odie Nakens, más le quiero Yo á él... Y ya ves si puede aguantar se esto de que le persigan en mi nombre.

—Sabes, Maestro, que esos ministros tuyos los buscaste de hombres buenos y te han salido hombres malos?

—No me hables, María. Te aseguro que si ahora pudiese Yo morir, no me mataría la lanzada, sino la vergüenza.

—Perdónales también á ellos, que no saben lo que hacen.

—Para esos no hay perdón. Ya lo dije y repetí mil veces: esa es una raza de vivos, sepulcros infectos, hipócritas

redomados, gente nauseabunda... Como pudiese desprenderme del cuadro y coger de nuevo el látigo, ya les diría Yo á esos rabinos, doctores y fariseos...

—Céeme, Maestro, que no saben lo que dicen, ni lo que hacen... Oye qué manera de disparatar sobre moral, sobre leyes, sobre historia... Cada palabra un disparate... ¡Qué manera de trotar!... Esto no es un abogado, es un misto borracho que pedorreá dislates y los sue ta al acaso...

—¡Ca la, María, calla!... Habremos de pedir al juez que nos descuelgue de aquí y nos libre del suplicio de oír y de ver ta es estopicios...

—Soy de parecer que nos hagamos los muertos, no queriendo ver ni oír.

—Has dicho bien, María. Mejor estuvimos en el Calvario, con los sayones inconscientes; allí siquiera nos vimos libres de fariseos y escribas, que son los únicos que crispaban mis nervios... ¡Al Calvario, María, al Calvario!... Allí se padece sed, pero no se padecen ascos.

—Quería decir adiós á Nakens... Es la mar de simpático...

RICARDO MAYOL

Combinaciones

En naciones europeas de tan mísera economía y de tan escaso desarrollo industrial y mercantil como Inglaterra y Bélgica, por ejemplo, el litro de petróleo cuesta de 17 á 21 céntimos de peseta oro. En España y hasta el 2 del corriente, costaba 80 y desde el 2, en Madrid, 65 céntimos de peseta plata.

No siendo España, como tampoco lo son Inglaterra ni Bélgica—país productor de petróleos en bruto, oleonaptas, etc.: no habiendo ya—como no le hay en Bélgica ni Inglaterra—impuesto sobre el consumo, parece que el litro de petróleo debería venderse á iguales precios por unidad que en las dos miserables naciones citadas, más la diferencia de poder adquisitivo de nuestra moneda y los francos y chelines; así que el litro debería costar de 19 á 23 céntimos.

Pero en España hay cuatro refineras de petróleo, y como el Estado tiene el deber de proteger la industria nacional, para que estas cuatro fábricas vivan y prosperen, el litro de petróleo refinado tiene un derecho aduanero de 37 céntimos, con lo cual no entra ni una gota de este combustible.

No contento el Estado con imponer á este producto un crecido derecho de entrada en España precisamente para que no entrase, por consumos pagaba el litro 21 céntimos más.

Al suprimirse este último impuesto, las cuatro fábricas protegidas que tanto contribuyen á hacer del nuestro un país rico, próspero, feliz y... *obscurantista*, pudieron no hacer rebaja alguna en el precio á que venden su producto á los simpáticos, denodados y utilísimos ciudadanos que se dedican á la venta: pero, magnánimas, espléndidas y abnegadas, decidieron no embolsarse sino 10 miserables céntimos de los 21.

Por su parte los no menos abnega-

dos, espléndidos y magnánimos tenderos, pudieron no rebajar el precio de petróleo en los 16 céntimos que generosamente les otorgaban las cuatro citadas refineras; mas pensando que el sol sale para todos, se reservaron sólo un céntimo, disminuyendo en 15 el precio del litro.

Algunos pensarán que no gravitando los impuestos sustitutorios de consumos ni sobre las excelsas refineras, ni sobre los ilustres tenderos ó revendedores, el petróleo debería venderse hoy en Madrid exactamente á 59 céntimos, y pensando así sentirán deseos de gritar: «¡ladrones! ¡ladrones!» y quizá la vehemencia les lleve á pensar en motines y disturbios.

Más cuerdos y sensatos nosotros, nos resignamos, pensando:

Primero, que así como Dios creó á los conejos para que los cazaran los perros y los comieran los hombres, así los ciudadanos españoles hemos nacido para que prosperen las cuatro refineras de petróleo y no lo pasen del todo mal en esta vida perecedera los señores tenderos.

Segundo, que la inmoderada baratura del petróleo podría llevar á ciertos elementos naturalmente levantiscos y subversivos, á emplearle en algo más que en alumbrar sus viviendas.

J. J. MORATO

La España clerical

El día 23 de Junio se dió sepultura en el cementerio civil de Santa Cruz de Mudela al cadáver del joven republicano D. Erenio Fernández, asistiendo más de 300 ciudadanos, á pesar de ser día laborable y estar la mayoría de los vecinos ocupados en las faenas del campo.

Al llegar, un cuadro horrible se ofreció á los concurrentes. En el osario, que se halla en un rincón, á un metro de la puerta, estaban hacinados los restos óseos de tres cadáveres: el cráneo de uno conservaba aún restos de su cabellera.

Y vióse á uno de los acompañantes verter lágrimas amargas al contemplar aquellos restos, ¡que pertenecían á un hijo suyo!

Es tan monstruoso el hecho que apenas se concibe, aquí donde se fusiló á Cemente García por profanar un esqueleto.

Pero, en fin, digamos con el ángel: ¡Esta es la España clerical!

Los autos-de-fe, transformados en auto-móviles

La noticia vale la pena para los eucarísticos:

«Tratáse de un auto-capilla, cuyo inventor acaba de regalar al arzobispo católico de Londres. La parte exterior del carruaje, que descansa sobre cuatro ruedas neumáticas, asemeja á un vagón de mercancías si no tuviera á de-

recha é izquierda dos amplias ventanas que le comunican el aspecto de un vagón postal.

En el interior del vehículo se ve dispuesto un altar, ante el cual pueden postrarse seis fieles, acomodados en sus sillas de rezo. Estas son movibles y desmontables, como el altar mismo; todo el mueblaje sagrado es susceptible de replegarse en un rincón así que el oficio acaba.

La capilla adopta entonces, durante el resto del día, la forma de un salón amplio y confortable; llegada la noche dos lechos sujetos á la pared transforman el carruaje en un «sleeping»; ambos se destinan á los sacerdotes que celebran el culto en la capilla ambulante.

Con un auto suficientemente rápido y dos sacerdotes que vayan relevándose á medida que celebren será posible llevar el sacrificio de la misa los domingos á gran número de localidades, é igualmente las pompas religiosas. Muy pocas capillas automóviles bastarían para asegurar el servicio en toda una diócesis.

Proponemos que el gobierno español adopte este proyecto, mejorándolo según los progresos científicos.

Hay órganos eléctricos magníficos. Combinados con el gramófono y con el «cine», nada más fácil que impresionar unas películas y discos con la gran misa pontifical de la capilla sixtina: su música en el gramófono y en la pianola, con a tar y celebrantes en el lienzo cinemático, hará innecesarios todos los cabi dos catedrales.

U los sermones pasados al fonógrafo: he aquí suplid os misioneros.

En los cepillos de las ánimas, unas máquinas que den tocos de pan bendito, etc. y quedan suplid os sacristanes, diáconos, etc.

El Papa sube un día en el aeroplano: en un par de días da la vuelta a Europa: desde lo a to reparte bendiciones, y he aquí suplid as bendiciones papales.

Unos cuantos curas diciendo misa en el aire... y sobran, de mil, novecientos noventa y nueve.

Para esbirros de la Inquisición, se manda educar perros policías. Con ello sobran cárceles de corona, aguaciles y fiscales eclesiásticos.

A tem s que entonces se llamará con razón la Religión de os Cielos y el Reino de los Cielos. Al Papa nunca mejor podría llamársele *altísimo Señor*. Solitando desde el aeroplano una paloma mensajera con el pan eucarístico que á San Antonio le llevaba otra paloma, se tendría el cuadro plástico del descenso del Espíritu Santo.

Por economía y por estética, debe adoptarse este nuevo culto eléctrico, verdaderamente celestial. Y aquí sí que pesa como anillo al dedo el consejo de San Pablo:

«Si sois cristianos... *quæ sursum sunt querite... buscad lo de arriba y dejad lo de abajo de esta tierra miserable.*»

¡Al cielo católicos, al cielo!

¡Al cielo, Santísimo Padre, y así vuestra voz vendrá realmente de lo alto!..

El rey de los carcas

El periódico de Bonafoux hablando del Rey y Señor de los carlistas:

«Si, de su Rey y Señor; un Rey de guardarropía, que se pitorrea de la Religión, de sus sacerdotes y hasta de Sarto; un Rey que ama las buenas *jembbras* que las tiene en la lengua á toda hora, inclusive cuando el marqués de Tamarit estuvo con Cerralbo en París para lograr la destitución de Feliu; un Rey que no quiere ser Rey y que á Mella, campeón entusiasta de la Revolución carlista, lo echa de su lado diciendo á los cuatro vientos que es sucio, que no sabe comer sino tragar, que no habla de mujeres sino de libros y que no se lava. Si, este Rey, en cuyo nombre y contra su voluntad acaso enciendan otra guerra civil los ciegos de mollera y los sedientos de sangre humana, se burla de sus fieles servidores. Viene á hacer bueno á su padre y su padre era una ficha más negra que el seis doble. Con que le dejen en París, tranquilamente, buceando por los mas bajos fondos sociales: garitos, casa *hospitalliere* de la rue Hannovre,—donde se halla establecido el serrallo del Estado mayor del Jaimismo á 10 francos, comprendida propina, por cabeza,—y tabernas, más ó menos elegantes, ya está él contento.»

No doy mi opinión sobre ese retrato. Estoy hoy de un humor tan endablado, que lo veo todo color sotana. Y quizás me diera por decir que los carlistas se ven tan bien representados como los repulicinos en sus cabezas visib es.

Con una desventaja para nosotros: que nuestros jefes no tienen siquiera vicios; vicios grandes, se entiende, de esos que en ocasiones se confunden con las virtudes. Están generalmente adornados de buenas cualidades mecánicas, repulsivas á ratos.

Fiesta del glorioso Santo Domingo

Para celebrar esta fiesta, hemos publicado el cuadro del Santo presidiendo santamente la santa quema de unos cristianos.

Esta lámina *autorizada por el Estado*, reproducción de un cuadro del Museo Nacional, es muy propia para ser expuesta en sitios públicos el día del glorioso quemador de hombres (4 de Agosto) para excitar el amor y devoción de las almas piadosas.

El Concilio Eucarístico=Trabuquero

En el Cenáculo de la «Huerta» y en su Getsemaní, alias jardines, acudieron los carlistas á celebrar su Eucarística y á conmemorar la cena de Cristo.

Ejerció de Preste el representante del Papa carlista, padre Feliu, y de Diácono mosén Vázquez Mella, quien pronunció una endiá b ada Homilía sobre la Eucarística y el Trabuco.

Los apóstoles allí congregados, des-

pués de fortalecidos con el pan y vino eucarístico-carlista, definieron que en la Santa Cena de Cristo, éste nos enseña que no debemos unirnos con Inglaterra ni con Francia, sino con Alemania, para comernos en paz á Marruecos.

El Diácono dijo además, que los jaimistas están en el deber de regar con su sangre (y mejor con la ajena) la custodia de la procesión y llenar hasta rebosar los cálices de las iglesias, que es lo que dijo Cristo á los suyos:

«Esta custodia es vuestro cuerpo y estos son los cálices de la sangre española, que será de rama la para mí y para mi Padre, que hemos venido á esto. Cuantas veces os acordaréis de la Pasión y Muerte, cargad los trabucos y exterminaos unos á otros.»

El Diácono Vázquez Mella estuvo soberbiamente disparatado, disparador y disparado. Efectos del vino embriagador.

En su embriaguez vió revoluciones y cataclismos, y vió al Mesías viniendo nuevamente al Mundo acompañado de la Gloria y Muestad del ejército carlista, siendo sus heraldos S.balls, Cucala, Santa Cruz y Cabrera.

Delante de él bailaban las Húngaras. De estandarte se ví a el Toisón de O o.

Clericales en manada

Celebrábase el 24 del pasado en la parroquia de San Juan de Prendonés (Asturias) la fiesta del patrono, conjuntamente con la del Corpus Christi.

Como el propietario, que es arcipreste, no puede decir misa por sus muchos años y la obesidad de carácter reumático que padece, iba en la procesión llevando el viril el coadjutor José Antonio (a) Moscas.

Al pasar junto á una modesta mesa con dulces, antojósele que no estaba suficientemente arrimada á la pared, y sosteniendo con una sola mano el Santísimo Sacramento, echó á rodar con la otra la mesa.

Ante tan brutal como inesperada arremetida, el obre dulcero se quedó sin saber qué hacer, en tanto que la muchedumbre pisoteaba su mercancía.

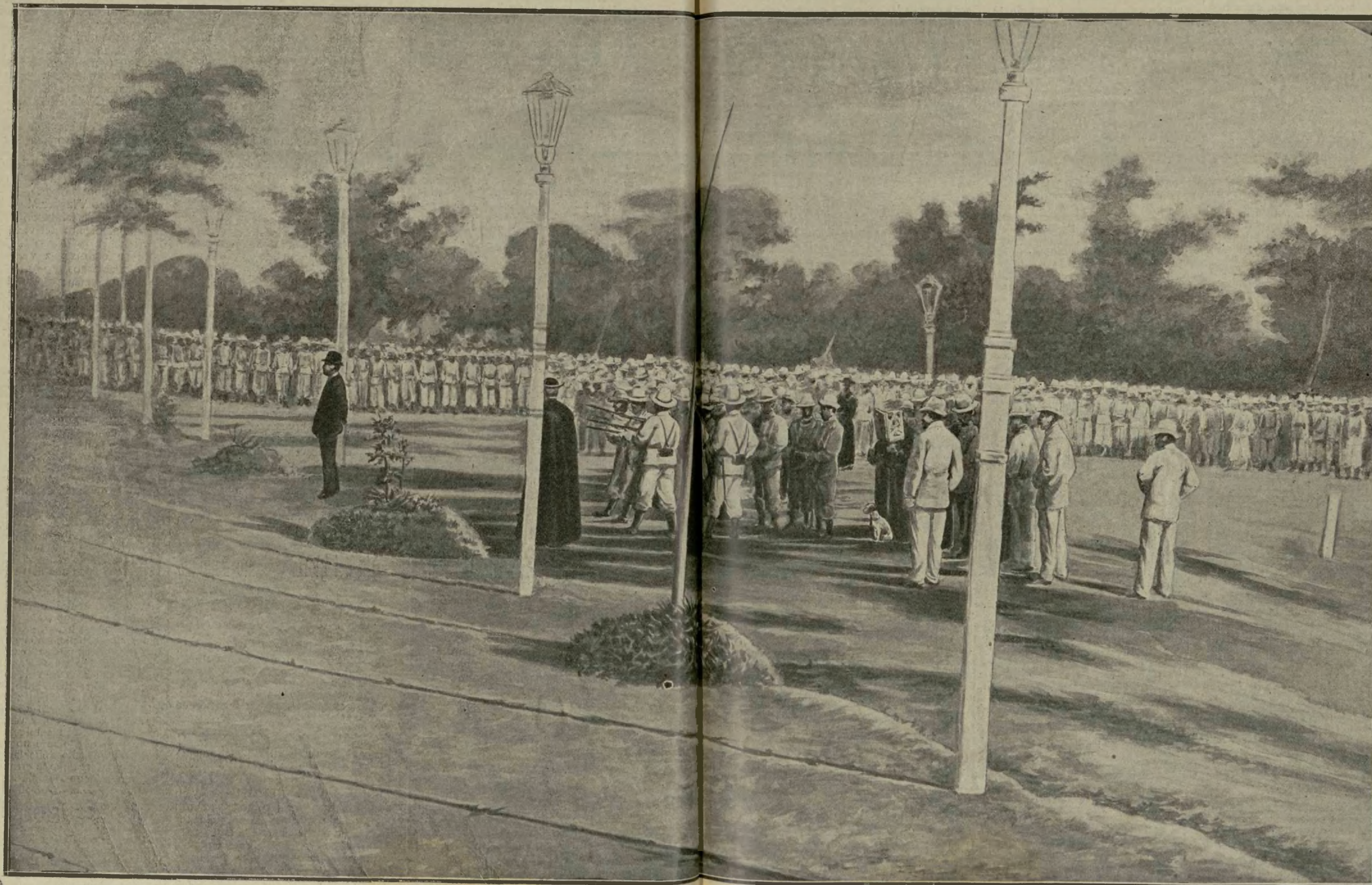
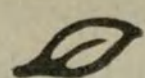
Y dícese que piensa acudir al Juzgado, entablando las dos acciones, civil y criminal; cosa que dudo, y que le aconsejo no realice.

Puede dar con un juez como el del distrito del Hospicio de esta Corte, de matiz comillesco, y resultarle más amargos todavía los dulces.

Procure en adelante no vender dulces á los que sólo deberían comer bellotas, y evitará que lo atropellen cuando se reúnan en manadas.

Hojitas ignacianas

Recordamos á los lectores que las *Hojitas ignacianas* son oportunísimas en las próximas fiestas del glorioso San Ignacio de Loyola, que sacó una gallina de un pozo y muchos miles de escudos de los bolsillos de sus devotas.



José Rizal, fusilado en Manila el día 30 de Diciembre de 1896.

Ayuntamiento de Madrid

DIVERSION GRATUITA

Fué ayer de tarde, á las seis, cuando regresaba yo de uno de mis solitarios paseos por la madrileña Moncloa.

Metido anduve por sus más ocultos rincones, y de ellos salí con el alma del campo enseñoreada de mi alma. Esta, por obra de la campestre paz, habíase hecho toda dulcedumbre y amor. El campo, no sólo me regalaba al hombre salud, le regalaba bondad.

Lleno de ella subía yo la Moncloa verde por la cuesta que lleva de cara hacia el edificio de la Cárcel Modelo.

«Los que ahí dentro sufren—exclamaba yo para mí—, también merecen afecto, también son acreedores á la ajeña bondad. Acaso algunos de los que vivimos y andamos libres, puestos en el ambiente que ellos respiran desde la hora de su nacer, hubiera sido peor que ellos. Y ya que ellos cayeron, quíelos por mejor cuna. ó más nobles ejemplos, ó más sana herencia no caímos, debemos sentir al acercarnos á ellos, si no sus miasmas de remordimiento, sus muchedumbres de piedad; y debemos pedir, procurando, si no su exculpación, su regeneración».

Así pensaba, así dialogaba yo conmigo, á tiempo que salía del paseo de Ríperdo Chapí y enfrentaba con el edificio de la Cárcel.

Coches de-lujo, automóviles detonantes, manuales, tranvías y corceles diestramente jineteados, llenaban el centro de la vía. La gente de á pie iba, ande-nos abajo, en busca de las sombras y de las frescuras del parque. Los niños aparecían y desaparecían entre las personas mayores, jugando, saltando, revoloteando, como mariposas que son.

¡Hora de reposo, de esparcimiento, de solaz! ¡Hora de amor para todos aquellos paseantes! Unos metros más de camino, y allá, sobre el césped, entre los árboles, junto á los arroyos, los de á caballo y los de á pie, los ricos y los pobres, serían hermanos felices, bajo el oro del sol.

No todos seguían su paseo. Frente á la puerta principal del Modelo se detentaban por grupos los curiosos, llegando á formar multitud. Guardias civiles á caballo iban y venían entre los grupos. Seis civiles, gobernados por un sargento, daban frente á la Cárcel, soldados de infantería se alineaban, arma al brazo, junto á la puerta. Dentro oíanse voces enérgicas, pataleos sordos y bruscos.

¿Qué era aquello? ¿Por qué se arremolinaba la multitud? ¿A qué obedecía la presencia de los civiles á caballo? ¿A qué la actitud de la tropa, mauser en brazo y cuchillo en mauser?... ¿Sería un plante? ¿Una rebelión de reclusos?...

—¡Ya salen!... ¡Ya salen!...—gritaron los curiosos—. ¡Miral! ¡Miral! ¡Ya están ahí!

Los gritos no eran de temor; de curiosidad eran. Hombres y mujeres avanzaban hacia la Cárcel, empujándose sobre la punta de los pies. No había duda: aguardaban un espectáculo, y lo aguardaban impacientes, en gesto de público que se apiña contra la puerta de un teatro para presenciar la función.

Pero, ¿qué función, qué espectáculo

podía ofrecer á los impacientes la Cárcel? ¿Qué debía salir, que iba á salir por aquella puerta, en cuyos umbrales dejaban su libertad los hombres?

¿Qué debía salir?... Algo indigno, infame, cruel, que puso en crispación mis nervios y me hizo enderezar los puños.

Si había espectáculo. Dábenselo á la gente, diéronmelo también á mí, los presidiarios de Ceuta que partían en conducción, esposados, con la parda vestimenta en el cuerpo, el gorro de vivos amarillos sobre las cabezas, el petate á los hombros y las pupilas relampagueando fieramente entre los párpados á medio cerrar.

¡Si había espectáculo! Y gratis...

Frente á la puerta de la Cárcel esperaban cinco ó seis carros descubiertos; ¿para qué cubrirlos, verdad? Á los tales carros subía la gente del presidio; en ellos se acomodaba; se embastaba, se pensaba... Unos refan con cínico reír; otros inclinaban las frentes; aquellos movían los labios—imagino que no eran oraciones—las que provocaban el movimiento; éstos se dejaban caer en la estera que daba fondo al carril; aquellos, puestos en pie, desafiaban á la multitud. Uno se retrugó los ojos con los puños. Por lo visto, aún le quedaban lágrimas...

Los jinetes de la guardia civil formaron al lado de los carros y éstos emprendieron el viaje. Camión iban del «boulevard», de una de las vías más céntricas; camino iban de ella, á seguir la completa, á dar con los presidarios en la estación de Atocha.

¡Y esto ocurría en Madrid, á las seis y media de la tarde, á la hora del paseo!...

La visión entrevista por la Cosetta de Víctor Hugo en un amanecer parisiano se hizo carne ante mí... Nada faltaba para que la visión real de ayer fuera idéntica á la poética visión del libro. Había más gente y más luz. El resto, igual todo.

¿Que faltaban los latigazos impiadosos del cómitre? Cierto. Faltaba el latigazo material; pero el latigazo moral era, por la hora, por el sitio y por la concurrencia, más cruel y más bárbaro.

¿Por qué llevar á los hombres así? ¿Por qué condenarlos, á más del presidio á la vergüenza? ¿Por qué condenarnos también á la vergüenza de sufrir que tal infamia ocurra en pleno siglo XX?

¿Es así cómo vamos á regenerar la carne del presidio? ¿Es así cómo vamos á hacer, de los hombres malos, hombres buenos?

Así, únicamente conseguiremos una cosa: que en esos hombres, al dolor se sume el rencor. El odio no es el mejor vehículo para traer bondad á las almas.

JO QUÍN DICENTA

UNA IDEA

En *El Progreso* de Barcelona, el ilustrado propagandista *Kosmófilo* aplaude una idea de Caballero de la Vega sobre propaganda de la *Inquisición* y la explana proponiendo la creación de *Museos inquisitoriales*.

Ale, antándonos á esta idea, EL MOTÍN ha comenzado á realizarla, sacando

de los archivos los documentos más notables que formarán el *Museo gráfico*.

Al mismo tiempo estamos preparando las *Hojitas* consiguientes, con las sentencias más atroces y con las infamias más vergonzosas del honroso, santo y refulsor tribunal de la Santa Iglesia, con episodios de *nuestros días*, en que la Inquisición romana, jesuita y episcopal se está despachando á su gusto.

De esta propaganda dice *Kosmófilo*:

«Por las paredes, cuadros y estancias representando escenas de los autos de fe; inscripciones y datos recordatorios de tantos crímenes y víctimas, y por fin una biblioteca donde se pudieran consultar los libros que tratan de aquel sanginario tribunal; como la *Historia de la Inquisición*, de Llorente, y otros cuya lectura ilustraría al público sobre lo que ahí vería reproducido».

«La propaganda que una institución de esta naturaleza haría entre el pueblo, sería enorme, inmensa, más, mucho más que todos los diarios y publicaciones. Todo Barcelona destilaría por el Museo Inquisitorial y los más ilustrados explicarían con gusto el funcionamiento de aquellos instrumentos de tortura al pueblo, que ya nada sabe de ello, y no es exagerar el decir que el pueblo saldría de allí impresionado hasta el fondo del corazón, aborreciendo al cura, al jesuita y al fraile, a los principales de esa vergonzosa tragedia del gusano que diezma la raza española, exultando de los hombres más eminentes y que más la honraban».

Si, será enorme esa propaganda, si cooperan á ella las entidades obligadas.

EL MOTÍN en este sentido, se propone:

1º, publicar una colección de cuadros los más célebres y verídicos con escenas del horrendo tribunal.

2º, una serie de diez folletos con los procesos más infamantes, sacados de los archivos.

3º, *Hojitas* para distribuir en las solemnidades melifluas de los hipócritas jesuitas.

4º, libro de lectura para colegios y escuelas, con torturas de niños.

Y hecho esto, ya verán nuestros lectores otras novedades.

¡Ni en la cruz me dejan en paz!

A un suscriptor de Naval Moral de la Mata le dió la humorada, para protestar de algún modo contra la última mascarada carnicida, de colocar en la calle algún objeto decente que borrara el mal efecto de tanta p realina descolorida y tanta raída y apolillada manta.

Y al efecto ocurriosele fijar en la fachada de su casa dos números de EL MOTÍN con las caricaturas á la vista, siendo una de ellas la en que aparezo crucificado por los cericales.

Pasa la procesión, y una *Menegilda*, bastante fea y seguramente sucia por dentro, azuzada acaso por su ama, natural de Estopajosa y gran servidora de los hombres con faldas, avanzase airada sobre mi imagen, la cogió y se la llevó.

Le perdono la acción en la parte relacionada con el Código Penal, mas no en la que se roza con el respeto y consideración que merece todo hombre ajustado.

Aunque á decir verdad, no es esto lo

que mas me preocupa, si no lo que habrá hecho el destrozo ese con mi estampa.

Probablemente se la entregaría á su ama, quien se la llevaría á un cura ó á un fraile, y...

Desde aquí comienzo á temblar.

No por pensar que pudieran romperla ó quemarla, no: sobre ser esto natural y corriente, allí acabaría la pobre de padecer.

Lo contrario es lo que me preocupa; que no la hayan roto ni quemado; que la conserven con el propósito de escupirle, insultarla y escarnecerla.

Aun cuando tampoco es esto, no; lo que me preocupa es lo que mi imagen pueda ver y oír entre la gente clerical; ¡el a, tan dñca en sus gustos, tan pura en sus sentimientos!...

¡Si tuviera libres las manos y pudiese en momentos dados cubrirse con ellas los ojos y taparse los oídos! Mas ¡ay! que las tiene clavadas y no podrá apelar á ese recurso.

¡Qué lástima que las láminas de los impíos no puedan hacer milagros! De poder hacerlos, tengo la seguridad de que la mía perpetraba el de desclavarse y echar á correr. ¡La conozco tanto!... Aun cuando los clericales la difaman, como me difaman á mí, yo sé bien hasta qué punto es cauta y púdica; tanto por lo menos como yo. Los años... (aquí, no un ¡ay!, quinientos mil) no pasan en balde.

Si algún amigo de los muchos buenos que tengo en Navalmoral, quiere tomarse la molestia de averiguar si mi imagen vive todavía, y decírmelo, se lo agradeceré con toda el alma.

Y si tiene medios (esto se lo digo en secreto; no quiero cuentas con la justicia) de verla, procúrese antes una dosis de sublimado corrosivo, entréguesela sin que nadie lo vea, y dígame de mi parte que se la tome.

¡La muerte cien veces antes que vivir entre clericales!

Hojita de circunstancias

Lo es la titulada *La santa vocación* para la conversión de seminaristas y colegiales de colegios religiosos. Nuestros colaboradores deben aprovechar las vacaciones de estos infelices para hacerles leer esta *Hojita*, que será el terror de obispos y maestros.

Niños maltratados

Un niño daba gritos en el interior del colegio escuela de la Merced (Lérida) alarmando á los pacíficos vecinos de San Antonio.

El *Ideal* lo refirió, y en otro periódico clerical publicó un fraile una carta, no desmintiendo el hecho, pero tratando de explicarlo; y añadiendo que había personas interesadas en desacreditar los colegios religiosos.

El *Ideal* admitió que podía haberlas, por cuanto á su redacción han llegado

infinidad de noticias, que por no tener pruebas dejó de publicar. relativas al salvajismo brutal de los frailes, y presuntó de paso al papel neo:

«Que es lo que motivó hará cerca de un mes que un niño de los internos de aquel colegio, aragonés por más señas, tuvo que guardar cama en casa de una parienta ó amiga de su familia de la calle de San Antonio? ¿Fue á causa de una paliza que le dió un tal padre Elías que nosotros no tenemos el gusto de conocer?

¿Y á aquel otro niño del mismo Colegio, que después de oírse por todas partes canciones barilonas compuestas por un seráfico padre, y que á la hora de recreo le ataban á un árbol de los que hay en el patio, obligándole á aguantar el agua que sus compañeros, por instigación de los padres le echaban encima? ¿Que hay de ello?

«Es esto algún ensayo de juegos pedagógicos que van á poner en planta nuestros mercedarios al objeto de hacer el reclamo para recoger más niños?»

Ignoro si han sido evacuadas esas preguntas en sentido negativo, como ocurre siempre; lo que sé es que nunca son falsas las noticias de esa clase.

Y que, más que á los frailes, debe culparse á los padres que envían sus hijos á las escuelas clericales.

La Fe, los fósforos y el asa fétida

El *Diario de la Marina* es un diario de la Habana, católico puro, que pueden procurarse las propias novicias impunemente.

En su número del 4 de Junio de 1911 trae estas novedades:

Yurayo protesta enérgicamente contra el proceder de quienes registran en la iglesia de San Juan Bautista, de Matanzas, varias cajas de fósforos que al ser hallados por los concurrentes pudieron ocasionar el incendio de los vestidos femeninos y por consecuencia sensibiles desgracias; los mismos religiosos que en el templo de los Carmelitas regaron una fétida sustancia.

Es la misma generación esta que en la pila de agua bendita de mi pueblo echó nitrato de plata con que se quemaron la frente mujeres y niñas: la misma que regó polvos de yodoformo un teatro durante el estreno de un drama.

Indignado de que se apliquen al catolicismo estos procedimientos, escribe el celoso colega:

«Es que con fósforos y yodoformo puede desarraigarse la creencia de las almas, y es que incieniendo vestidos ó revolviendo estómagos se demuestra que es errada la fe de las víctimas? ¿Son es los recursos de convencimiento y de bondad con que enfrentan las nuevas ideas para vencer en el palenque de las conciencias?»

¡O!, desmemoriado colega! Los católicos de París fueron los que inventaron el procedimiento del asa fétida en la Iglesia del cismático monseñor Vilatte, como argumento convincente y definitivo.

Y más que desmemoriado, el colega es ilógico. ¿Para qué cree el indino que la Iglesia sahuma con incienso, benjuf y estoracaque sus templos, sino para meter la fe por el oído?

¿Para qué cree que consagra y bendice el pan y el vino, sino para meterlo por el estómago?

¿Para qué las músicas y retóricas, sino para meterla por las orejas?

¿Para qué las luces, cuadros, perifo-

llos y dorados, sino para meterla por los ojos?

Que todo eso no es religión, sino arte cómico-dramático, ya lo sabemos; pero precisamente ahí tiene su baluarte el catolicismo; en lo dramático de sus espectáculos.

Quítesele á un obispo su mitra y capirayo, vístasele de biusa, désele para mesa de altar una mala tabla, para cáliz un vaso cualquiera, hágasele prescindir del aparato de cruces, inclinaciones, rezos y demás, nada de lo cual es esencial al sacramento; désele por templo una taberna ó una cuadra, y ahí me claven las conversiones que haga. Y si además está lleno de piojos y es jorobado, tartamudo y gangoso, á ver qué prosélitos hace y cuántas damiselas arrastra.

Pues... ahí tiene de reversillo su argumento. De igual modo que el ridículo provocado por los chillidos de las damas al pisar un fósforo no destruye la fe, tampoco puede engendrar la fe la ceremonia, ó engendrará solamente una fe de percalina y música, ó sea, dramática.

Y si toda la fe católica proviene de eso, incluso la de los redactores del *Diario*, habrá de reconocer que tienen cierta lógica los que combaten la fe de ese modo, por aquello de Hipócrates ó de quien sea: *contraria contrariis*.

En una función de iglesia en que comienzan á cantar unos grillos, queda descacharrada la seriedad del coro.

Si en el acto de la elevación una pollita ve cruzar una lagartija ó un ratón, se descompone toda la fiesta.

Unas cuantas avispas aparecidas en un sermón de misión la más tremebunda, ponen en dispersión al auditorio.

Para matar un drama en el estreno, los jesuitas de Barcelona enviaron al teatro unas docenas de amas de cría con sus rorros llorones.

Para matar el efecto de un mitin en el Tivoli, echaron sobre la mesa presidencial un gato muerto.

Para imposibilitar á un orador en un Ateneo, los clericales vecinos salieron á sus balcones con latas de petróleo á matar con el ruido de la cencerrada la elocuencia del misionero.

Los frailes han inventado mil diabluras para matar con el ridículo á sus rivales.

Y claro: tratándose de una fe cómica, acabada la farsa, se acabó la fe.

..

Lo gracioso del artículo está en el siguiente párrafo:

«Yo aprendí en alguna parte que temerancia, transigencia, cortesía hacia el adversario, respeto de la ajena casa y de la conciencia ajena, eran consecuencias naturales de la convicción propia, elementos de educación mutua y pruebas de sincera confraternidad. Y con esa enseñanza fuíme por el mundo á censurar violencias, á combatir despotismos, á amparar derechos y á decir á los nombres libres: «propagad, enhorabuena; convenced, educad, haced bien, pero no esgrimáis as armas del insulto contra el hermano ni las de la tiranía contra el semejante vuestro; y cuando ni siquiera se trate de adversarios, sino de damas, de niñas, de seres débiles, de las reinas del hogar y las florrecillas inocentes del amor humano, sed caballeros, sed hidalgos, sed hombres.»

Todo esto lo aprendió sin duda alguna en la Iglesia y en la tolerancia inquisi-

torial; en los incendios, matanzas y torturas; en los textos de las excomuniones y maldiciones; en los procesos, destierros y fusilamientos; en los entredichos y anatemas del Bulario Magno y de los Concilios...

¡Eso es temperancia, cortesía, educación y respeto á la mujer, á las niñas sobre todo á las niñas!

¿No acepta y suscribe todas estas bestialidades el *Diario*? Si no las acepta, no es católico, sino un renegado de los procedimientos católicos. Y si los acepta y suscribe... ¡a quemarlo á él, con temperancia, cortesía y respeto, á la moda católica!

Quinientas mil niñas, madres y abuelas con sus papás y consortes, quemados por la Iglesia, cantan á coro la templanza de los Dioses del *Diario*.

Y si él no lo hace, es porque, pobre, le han embolado los cuernos y cortado las uñas.

Saneamiento general

Los bienhechores del mal. (Perdone el ilustre Benavente)

En la sesión del viernes último, se aprobó el informe del Jurado para que se adjudiquen las obras á la proposición más cara, y por tanto vimos perdidos ó poco menos para Madrid los 5, 7, 8 ó 10 millones.

Defendió el dictámen un honorable concejal federal, se adhirieron otros no menos honorables señores en representación del partido liberal, del radical y de la Defensa Social: sólo votaron en contra cinco y en pro treinta y ocho.

Razones: Que se ha equivocado el señor Graset al ofrecer la ejecución por ocho millones menos.

Que habría entorpecimientos al llegar la ejecución de las obras.

Que tal vez se paralizasen.

Y, por último, que se llamó al señor Graset y no compareció.

Es admirable que hombres serios, de los que ocupan altos puestos, no se les ocurra para salvar estos inconvenientes más que hacer perder á Madrid los ocho millones.

Preciamente por tratarse de un concurso, han podido redactar unas condiciones supletorias para el momento de la escritura que previniesen esas contingencias, y puesto que un Sr. Concejal dijo que el Sr. Graset estaba dispuesto a doblar su fianza, seguramente hubieran sido aceptadas. ¿Por qué empeñarse en darlo al más caro?

Y la llamada del Sr. Graset es peregrina. Si fué para que se retirara (con pérdida de fianza ó sin ella) no era correcto.

¿Para que explicara su idea y medios de realización de las obras? La más elemental precaución le hubiera obligado á callar, lo que es precisamente su característica, que le permite hacer más económicamente las obras, porque explicado para esta, le daba posibilidades de competencia al ir á otra.

En cualquiera de los dos casos no debió concurrir á la llamada.

Y vamos á ver ahora cómo, discutiendo honradamente todos los actores de esta representación, resultará ejecutor de las obras el Sr. Graset (aunque

se le adjudiquen al otro) y Madrid perdiendo los ocho millones.

El concursante que ofrece hacer las obras por los 35 millones, habrá calculado una ganancia del 10 por 100 (calcular más sería usura y no resultaría honroso), ó sean 3 millones y medio de utilidad.

A poca práctica de obras y de negocios que tenga, se le ocurrirá que si le diesen la misma ganancia sin hacer nada, prescindiendo de los disgustos que ha de tener el constructor, unos debidos á las obras, otros á los obreros, y otros, tal vez lo peores, á los pagos, es perfectamente tonto meterse en la construcción y correr sus contingencias.

Por otra parte el concursante que ofrece hacerlos en 28 millones, y que pensando también honradamente calcula una ganancia de 2, 8 millones, diría: «Si me adjudicasen las obras en los 35 podría dar 3 al otro adjudicatario y yo ganar en vez de los 2, 8, los 4 millones; y como en materia de negocios no hay pasiones ni altruismos impropios de estos asuntos, resultaría adjudicatario el que debe serlo y Madrid con ocho millones menos.

Ni es esta la primera ni será la última obra en que hay entre los postores límites, diferencias del 80 por 100 y más, y, sin embargo, se ejecutan las obras, y decían los que pensaban que aquí el contratista se iba á arruinar: «¡Si hubiéramos sabido lo que iba á hacer!» Y eso decimos nosotros.

¿Saben ustedes lo que SABE el concursante más barato?

¿Tiene el Jurado, por técnico que sea, monopolizado el más allá en materia de construcción y adelantos?

Piénselo el Ministro de Fomento y resuelva en justicia.

¡Qué vergüenza!

Leopoldo Rovira, diputado por el distrito de Negros Oriental, presentó á la Asamblea Filipina, un *bill* que fué aceptado, estableciendo lo siguiente:

Todo fraile que desembarque en Filipinas, pagará 500 pesos; y si se marcha de Filipinas y vuelve, pagará también esa cantidad.

El fraile que se niegue al pago, será expulsado de las islas en término de diez días; y si se revela será procesado y castigado á un año de prisión y multa de mil pesos.

Todo fraile residente en Filipinas pagará mil pesos por anualidades y en Enero de cada año. Si no paga, tendrá un año de prisión. Además, está obligado á justificar su residencia cada seis meses.

Se crea un registro de Ordenes religiosas para saber lo que tienen, lo que hacen y cómo viven. Sus bienes pagarán toda suerte de tributos.

Toda Corporación religiosa residente en Filipinas pagará anualmente según el número de individuos:

De 2 á 10 miembros,	2 000 pesos.
• 11 á 25 •	5 000 •
• 26 á 40 •	10 000 •
• 41 á 80 •	15 000 •
• 81 en adelante,	20 000 •

La Corporación que no pague, será

procesada y embargada y sus bienes vendidos en subasta pública.

¿Que por qué califico de vergüenza ese *bill*?

No es por lo que propone; todo lo contrario; sería feliz el día que se aprobase en España uno parecido.

Es porque considero vergonzoso que tengamos que recibir de los filipinos, á quien embrutecimos durante tantos siglos, lecciones de cultura, valor dignidad y sentido político; que todo eso se contiene en tan hermosa y práctica proposición.

Quadros al carbón

La vocación

Escena:—Despacho sencillo, y de tonos oscuros. Mesa de escribir atiborrada de papeles. Sillas de gutapercha. En el muro central una copia grande del Cristo de Velázquez. Cortinajes de yute verde. Poca luz.

Personajes:—Don Braulio, viejo, delgado; viste con desaliño; grandes gafas ahumadas; tutor de María, joven de veinte años, ni fea, ni bonita, aspecto abobado, carácter muy infantil. Un fraile cualquiera, grueso, poco aseado, voz atiplada, mirada oblicua, mucha afectación y aire hipócrita.

I

D. Braulio.—¿Y cree usted que la niña?...

Fraile.—No dirá ni blanco, ni negro, pero hará lo que yo le mande. ¡Bien trabajo me ha costado y buena brega he tenido durante quince años!

D. Braulio.—Hemos tenido, reverendo Padre; que no poco he tenido yo que sacrificarme con tal tutoría... ¿De qué se ríe usted?

Fraile.—De sus sacrificios al... 60 por 100 ¡Ya se ha cobrado usted bien la comisión! Ahora me toca á mí, amiguito, antes que el diablo tire de la manta... Usted no sabe lo que representan quince años de vida devota, y de dirección espiritual de una alma que no tenía nada de piafosa... No se le vaya á usted la lengua con la M. Dolores, porque ella no sabe más sino que hay por medio un dote de dos mil duros...

D. Braulio.—Es un aviso innecesario por la cuenta que me tiene.

Fraile.—¿Y las cuentas están en regla? No sea que aquel maldito pariente, que está en el Brasil, se le ocurra un día venir chillando y...

D. Braulio.—Todo está como Dios manda... Además él cree que María tiene dos años menos, y está tan tranquilo. Si alborota algún día, la niña ya está profesa, y que «pele... al nuncio.

Fraile.—¡Jil, jil! No diga usted irreverencias, D. Braulio, y... que aproveche, pica illo.

D. Braulio.—Tampoco va su merced mal servido...

Fraile.—Suerte fué que asistiera yo en sus últimos momentos al padre de María, que sino... Ea, llámela usted y déjenos solos: hoy queda esto resuelto.

D. Braulio.—(Sale al pasillo y grita): ¡María! ¡María! Que te llama el Padre...

II

María.—(Besándole la mano con gran respeto) Dios le guarde, Padre.

Fraile.—Y á ti te bendiga, hija mía... Vamos, siéntate y escucha... ¿Has meditado seriamente sobre lo que te dije ayer?...

María.—Sí, Padre.

Fraile.—¿Y qué has resuelto?...

María.—(Muy turbada) Yo... no sé... me parece que... temo que Dios... dudo si...

Fraile.—Pues yo he consultado la voluntad de Dios, y El quiere que seas suya... Me lo ha dicho esta mañana en la oración de un modo bien claro, habiéndome á mi corazón... Además, tu santo Padre al morir, me dijo: «Padre, que no se pierda, que sea toda para Dios... Ya ves, hija mía, que no puedes desoir la invitación amorosa del divino esposo, que te llama, y tu padre desde el cielo espera que cumplas su mandato... Las madres capuchinas te esperarán con ansia... Mañana mismo comenzarás tu postulando...»

María.—(Llora) ¿Padre, tan pronto?...

Fraile.—Para consagrarse á Dios cada minuto que se pierde es un crimen... cada vacilación una cobardía... Refrena esas rebeldías y protestas de la carne, esclava del pecado, y reflexiona siempre que la salvación está en el claustro... Ea, no quiero verte triste, quiero que vivas y cantes de júbilo... El Señor te dice en el *Cantar de los Cantares*: «Alégrate, esposa mía, paloma mía, en los agujeros de las piedras, y en las cavernas de la roca...» ¡D. Braulio! ¡don Braulio! (Llama á grandes voces, simulando gran regocijo)

III

D. Braulio.—(Entrando) ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Fraile.—Una gran noticia, y una gran pena para usted: María ha dispuesto consagrarse á Dios...

D. Braulio.—¿Sí?... ¡María, hija de mi alma! (La abraza, y finge que llora: el fraile le quita un ojo) ¡Cuánto gozará tu padre desde el cielo! ¡Y qué solo me deja!... ¡Ay, Dios mío!

María.—Yo, D. Braulio, yo...

Fraile.—(Cortándole las palabras) Tú, hija mía, has tenido siempre vocación á la vida religiosa, y tu alma se sobrepone á todos los afectos terrenos para obedecer á Dios... (María llora de nuevo; D. Braulio la vuelve á abrazar, y el fraile se fota las manos)

¡Oh, la vocación!

FRAY GERUNDIO

La cárcel de Burgos

Me dicen desde aquella población, que el maestro de la cárcel, que cobra 1500 pesetas anuales, da clase de una hora un par de veces al mes, dedicándolas á hablar de lo que en la prisión ocurre, no á enseñar á los presos que no saben leer (la mayoría, por ser casi todos campesinos), y que el resto del tiempo lo dedica á pasearse y á dar lecciones particulares.

Que el médico suele ir por la prisión cada ocho días, y esto si le pasan recado, cual si su misión no fuese ir á diario, haya enfermos ó no.

Y, por último, que en la cárcel no hay demanda teros, sin duda porque la Diputación provincial quiere ahorrarse sus sueldos.

Para esto último, voy á darles á los presos la solución: irse directamente en queja al Tribunal... de Poncio Pilatos.

Y lo demás, pueden ir á contárselo... al Nuncio.

Que son las dos únicas autoridades á que pueden apelar en España los presos, y hasta los libres que se vean atropellados, en la seguridad de que les harán justicia.

Por esto no van quedando entre nosotros mas que dos clases perfectamente definidas: la de los resignados y la de los rebeldes; pero en la proposición siguiente: por cada millón de los primeros, media docena de los segundos.

Y por esto también, hablar en España de aplicación de leyes y de justicia, es como hablarle á un ciego de colores.

Todo esto no es consolador para los presos que se quejan del médico y del maestro de la cárcel de Burgos.

Pero es verdad.

SEVILLANAS

Un tal Borrego, de oficio cura, que pasta en terrenos del comun de vecinos de la villa de Bermujos, de ésta provincia, disputó en plena iglesia por cuestión de ochavos con el sacristán de la parroquia donde aquel presta sus servicios (sic); y como entre esta gente la más leve disputa degenera necesariamente en coscorriones, el sacristán hubo de *dinirle* al Borrego varias papales y eucarísticas *gofelás*, amen de tal ó cual coscorrón en lo rapado.

El Borrego, que se convierte en león en cuanto le *jurgan* en la mollera, al recibir aquella ducha de indulgencias que, si no eran plenarias, al menos en plena jeta se las daban, salió barbeando hacia su casa, de donde volvió al poco rato con un hisopo de seis tiros lanzando imprecaciones contra el sacristán, al que pretendía hacer papilla.

El sacristán, que se *jamó* que el párroco venía con las de un gato, por no bu-carse una *esaborición* se quitó de medio, lo cual, notado por el cura, que por tal motivo no pudo desahogar su ira con el *sacris*, la emprendió á tiros con la capilla del Sagrario, descacharrando varias de las imágenes que se conservan en ella.

Total: un escandalazo de esos que tanto gustan en la redacción de EL MOTIN, un ejemplo más que la religión es compatible con el estropeamiento de físicos, y al mismo tiempo un pretexto para gritar: ¡Mueran los escuelas laicas!

Otro asunto: hace algún tiempo vengo notando en la prensa avanzada cierta tendencia á cambiar la denominación de la pandilla tradicionalista, llamándoles jaimistas en vez de carlistas.

Como yo no estoy conforme con ese cambio, voy á dar mi modesta opinión sobre ese asunto, y ojalá vea secundados mis propósitos por todos los que nos honramos despreciando á esa odiosa canalla.

Mi opinión es ésta: como el calificativo de carlista supone para todo hombre honrado el equivalente de asesino, ladrón, traidor, cobarde y cien dictorios á cual más deshonorosos, al tratar

de variar la denominación de carlistas, aplicándole la de jaimistas, parece que se atenúa algo el mal efecto que produce entre las personas decentes el contacto con la chusma que profesa los ideales tradicionalistas.

Y como el espíritu que anima hoy á esta facción es exactamente igual al que animaba á los asesinos capitaneados por aquellos grandes infames que se llamaron Cabrera, Saballs, Cucala y D. Carlos, opino que de ninguna manera debe variarse su primitiva denominación. Al tradicionalista, ó sea al asesino, tenga por cabecilla á Jaime, á Juan ó á Roque, *siempre*, SIEMPRE, SIEMPRE deberá aplicársele el calificativo que hay por debajo de todos los calificativos deshonorosos: el de ¡CARLISTA!

Expuesta mi modesta opinión y deseoso de verla aceptada por todos los hombres libres, me despido por el foro.

E. GIMÉNEZ MONROY

Julio 1911.

Sobre el arte de combatir al clericalismo

Señor D. Antón Gallego.

Madrigalejo.

Apreciable amigo: En buen lío se ha metido usted si trata de deshacer uno por uno los enredos de las ratas clericales y responder á cada una de sus objeciones. Cargue usted con toda la Biblioteca de Salamanca y con el achivador de Simancas; y si llega usted á vivir los dos mil años que necesitará para hojear aquel arsenal de papel, y otros dos mil para poner en orden aquellas sartas de sinrazones, podrá usted pretender salir airoso en sus *adentros*; porque lo que lo que es en sus afueras, antes asparán á su contrario que hacerle confesar un disparate.

Es error muy común el de intentar combatir el clericalismo con ideas y razones, sin distinguir en la secta dos clases de individuos: unos inteligentes y racionales; otros irracionales y negados á la inteligencia. Para aquéllos, valen la razón y la lógica; son gentes *honradas de conciencia* que buscan la verdad y que sólo admiten el error por creerlo verdad.

A esos tales, que suelen ser los *paganos* de la Iglesia, los que reciben hostias á cambio de pesetas, indulgencias á cambio de billetes de banco, jaculatorias á cambio de hogazas de pan, etcétera...; á esos tales, si, hay que trabarles *con razones*, con toda paciencia y doctrina, como decía San Pablo. Crean en el catolicismo porque creen que en el catolicismo está la verdad. La fe es un fenómeno de *inteligencia* que anda extraviada por los mil enredos del clero, en el cual también hay algunos dotados de esta honradez y víctimas del mismo engaño.

Pero para estos otros, la fe no es *acto de inteligencia* sino de voluntad: *no creen lo que entienden ser verdad; sino que creen lo que quieren que sea verdad*. De éstos unos creen realmente, porque no quieren ni saben dudar. Otros están más al cabo la calle que usted y que yo, y como *creen lo que quieren y quieren lo que les tiene cuenta*, su fe son sus cuen-

tas, y cuantos sus razones; por lo cual, no entienden ni quieren entender más razón que la que en la suma de ingresos figura con valor positivo. Para estos tales, toda creencia que se convierte en pernil de la despensa y en moneda del arca, es *buena y verdadera*; toda enseñanza que puede restarles alguna peseta ó provecho, es mala y errónea. Su Dios es su Vientre, su razón el estómago, su lógica el libro de Caja.

Y como quiera que éstos creen lo que les conviene y nada más, para convenarlos no hay más razón que la de una *conveniencia superior* que suele ser la estaca. El pellejo resume todas las conveniencias; y cuando los tales ven el pellejo en peligro, dándose prisa á renegar sus dogmas y á proclamar su nuevo dogma: *el pellejo*.

No le dé usted más vueltas.

Fácil le será distinguir en el pueblo quienes son de una y quienes de otra especie clerical. Para ganar á los *honrados*, toda paciencia es poca, siendo la estaca contraproducente en ellos. Para ganar los otros, es inútil toda razón y poca toda estaca.

Las estacas para el *clero*, son de varias clases. Las hay materiales, morales y lógicas. Todas ellas son útiles á cual mejor á su tiempo y sazón.

Usted pregunta sobre el dato de los millones de las Hijas de la Caridad. Conozco bastante la Institución: conozco su historia, su espíritu, sus individuos, y me he pasado muchas horas en cantado en la capilla de su casa de París (rue du Bac) y en la de sus Padres (rue de Sevres). Lo que tengan en metálico, ni el diablo, ni ellas ni ellos lo saben. Lo que puedo asegurar es que con veinte ni cien millones no tienen para comenzar. Más de veinte millones valen sus casas de París solamente.

En sus *Anales*, que hojeé en una de sus casas, vi el número de individuos y de *conferenciantes* que tienen. Los primeros eran en número de varios millares, no sé si diez ó quince mil. La cuenta que le voy á echar aquí es la mínima de diez mil.

La Comunidad alquila ó presta ó cede, ó llámelo como quiera, las *Hijas de la Caridad* á las Diputaciones, tomando como norma las de España, á razón de *seis reales* diarios cada una. De esta cantidad habrían de sacar ellas los gastos; pero puede usted asegurar que los sacan de otros pellejos, de lo cual podrán darle razón nuestros honrados diputados provinciales que suelen ir á partir el cuartal. Y como sé muy bien lo que me digo, no acudirán los interesados á desmentirme.

Pues bien; *solo por este lado*, la Comunidad ingresa en sus arcas *veintiún millones* de reales al año.

Usted ha tocado las Hijas de la Caridad que es lo mejor de lo mejor, de lo malo que puede presentar la Iglesia. Las conozco en su valor absoluto y en el relativo. Sin embargo de ser así, en la censura de los vicios y defectos de la Comunidad podría aducirse un libro no menor que el que sus apologistas gastan en contar sus excelencias.

Ha de saber usted además, que lo bueno que en ellas hay, yo lo atribuyo principalmente al hecho de estar fuera de las zarpas del Papa y de los cardenales romanos y libres de la nefasta in-

fluencia episcopal sus casas y cosas. La Orden ha librado batallas de muerte contra los Papas que se empeñaban en llevar á Roma los *generalatos* de ellos y de ellas. Los franceses, que en cosas de patriotismo saben donde los aprieta el zapato, no consintieron tal pretensión papal. Con esto, las Hijas de la Caridad salvaron sus arcas del zarpazo vaticano, y sus novicias de los ojillos libidinosos de los cardenales y *prelatis*.

Y como entiendo, según usted dice, que para combatir al clericalismo es menester no exagerar las notas ni darles pie para notar en el ataque el más pequeño error, del cual se asen para alborotar cien años, por esto entiendo que se debe andar sobre seguro; y como quiera que sobra siempre tela para combatir tal secta, vale más pecar por carta de menos que por carta de más, ya que del golpe equivocado sacan ellos gran partido para hacer creer á sus sectarios de buena fe que, siendo falso un hecho mínimo, lo son también todos los crímenes y enormidades históricas, documentalmente comprobables.

Me pide usted por una *Historia de las Religiones*. Seguramente las hay, y debe haberlas magníficas escritas por los profesores de las *Religiones comparadas* del Instituto de Francia. Yo no conozco ninguna en particular.

Leí una antiguamente, no sé si en latín ó en francés, en la Biblioteca Episcopal de Vich; eran varios gruesos volúmenes.

Entiendo que si usted no tiene vocación y aptitud especial para hacer largos estudios sobre estos puntos, le bastan las obras de crítica moderna, que sintetizan las cuestiones con ahorro de tiempo y mejor resultado crítico. Yo estoy esperando que se publique la edición oficial católica de la Suma de Santo Tomás, para emprender la refutación metódica y funtamental del catolicismo, según aquello: *un clavo saca otro clavo*. Pero... supongo que la Iglesia va á flaquear y que el Vaticano va á dejar en la estacada tal proyecto para entregarse al regodeo final universal que está ensayando, soltando en el arroyo la cruz y la túnica de Cristo, diciéndonos *«ahí queda eso»* y largándose la cuadrilla con los millones.

S. P. O.

Nuevos descubrimientos

Ha causado grata y saludable impresión el suelto que con el título de *Flora eclesiástica* se publicó en el número 21 de EL MOTIN, encomiando las virtudes del clero de esta población.

Y como las buenas obras deben repetirse, allá van nuevos datos confirmatorios de su santidad.

Don Juan Bueno, ecónomo de la parroquia de Nuestra Señora del Camino, quiso demostrar que no en balde llevaba tal apellido, y extendió su caridad á una señorita morena, camarrera de tres ó cuatro santos, que se hallaba necesitada de un apoyo.

No nos atrevemos á manifestar hasta qué grado alcanza esa protección; solamente aseguramos que, cuando es preciso, la camarera de santos pasa á servir á D. Juan.

Otro cura de buena pantalla, llamado D. José, coadjutor de Santa María,

llegado ayer, como quien dice, se ha encargado de catequizar para el cielo á una viuda voluminosa, con una asiduidad y un celo sorprendentes.

Don Juan Penedo, capelán de la Virgen de las Angustias, se resignó á que un viejo camateo pusiera su firma al pie de un testamento en el que hay una cláusula instituyéndole heredero.

Don Jesús Leiciaga Bernal, párroco de Santiago, tiene una sirvienta á la que acaba de comprar una casa en el Peirao en treinta y tantos mil reales, por escritura pública.

Y como estas protecciones y estas abnegaciones desinteresadas merecen hacerse públicas para que tan santos varones sean admirados é imitados, ruego á usted que les dé la publicidad debida.

EL CORRESPONSAL

Betanzos.

Por el vil garbanzo

Me inspiran tanta compasión á ratos los redactores de los periódicos clericales, por lo ignominiosamente que se ganan la vida, que llevo hasta á compadecerlos, ó disculparlos por lo menos. Debe ser muy triste defender ideas que no se profesan, fingir creencias que no se tienen, por la maldita necesidad de lastrear el estómago.

¡Pobrecillos! Me los figuro ante la mesa de la redacción, después de haber oído un par de misas por temor al qué dirán rodeados de beatas esputadoras y devotos asmáticos, y de haber escuchado un sermón lleno de brutalidades, y de haber pasado un rato en la húmeda sacristía viendo desnudarse al atocinado celebrante, que no suele oler á rosas.

¿Qué han de hacer bajo aquellas malas impresiones, sino agarar la pluma, esgrimir la á diestro y siniestro, y rasgar de arriba abajo al que piillen por delante?

¿Cómo, si no, se restablecería el equilibrio en esas naturalezas contrariadas y nerviosas, por estar siempre fuera de su centro?

«Pillo, granuja, inmundo, canalla...» ¿Sabemos acaso si estas palabras que brotan espontáneamente de sus plumas y que aplican á todo el mundo, no se las dirijen á sí mismos en su despecho?

Hay fenómenos psicológicos inexplicables todavía, por los cuales el hombre que vive descontento de sí mismo se complace en atribuir á los demás aquello de que tiene que acusarse, creyendo establecer de este modo una igualdad que le permita pasar á sus propios ojos por menos indigno de lo que es.

Y como hay tanta inmundicia en el partido clerical, se explica el que, no pudiendo contener en su seno cantidad tan grande, busque el modo de darle salida por los desagüaderos de la desvergüenza; bien así como los gases encerrados en las entrañas de la tierra abren cráteres en las montañas para escapar, inundando de lava y cenizas las fértiles campiñas colindantes.

Por esto compadezco á ratos á los redactores de los periódicos clericales, sin perjuicio de que constantemente me den asco.—J. N.

Escándalo regio-pontificio

Las trampas del Rey y la trampa del Papa

El cardenal Agliardi, exnuncio de Portugal, acaba de declarar la trampa que el Papa tenía puesta al rey M. nolo de Portugal con motivo de sus trampas, en cual lo el Papa aparece de agente de usureros.

He aquí como lo cuenta el corresponsal de *El Imparcial* en Roma:

«Las deudas del Rey Carlos y de su familia habían alcanzado ya en aquella fecha una suma enorme, tanto en Portugal como en el Extranjero. Los acreedores amenazaban con acudir á los medios más extremos para recobrar lo suyo. En Francia, donde tenía más deudas, el mismo Gobierno se había encargado de defender los acreedores, llegando á amenazar á D. Carlos con proceder al embargo de las Aduanas portuguesas. En ello había evidentemente también una tentativa de represalia por parte del Gobierno francés contra la política extremadamente anglofila de Portugal. Carlos escribió entonces á León XIII, invocando su positiva influencia.»

El Papa logró calmar la impaciencia de los acreedores. ¿Cómo? El cardenal no lo dice.

Paado algún tiempo, el rey de Portugal intentó visitar á su primo el rey Humberto de Italia. Entonces el Papa le amenazó con excomulgarle y con lanzar sobre él los acreedores, y esta fué la razón de suspender el viaje.

Estas revelaciones del cardenal Agliardi demuestran que el Papa y la Banca judía van de acuerdo en sus negocios respectivos: la Banca sirve al Papa y éste á la Banca.

Desde el cortijo

(Sonetos... hasta cierto punto)

Ha llegado por casualidad á mis manos un tomito así titulado y que firma *D. Lorenzo de Miranda*.

Hace años reproduce en *EL MOTIN* cinco ó seis que hallé en algún periódico, porque me gustaron mucho; traté de saber quién era el autor, por antojarse pseudónimo el nombre que usaba, y no lo conseguí.

Hoy llega el tomo á mis manos, y voy á ir poco á poco reproduciendo los sonetos, pues merecen ser leídos, á menos que no salga por ahí el autor y me lo prohíba, lo que no creo, si calza si hubiera en el arte de la cortesía la milésima parte de los puntos que en literatura.

Si á los lectores de *EL MOTIN* les agadsen los sonetos tanto como á mí, les esperan muy buenos ratos.

La noche antes

Penetro en la taberna, pesaroso
del mundo engañador.—¡Jolá, chiquillo!
—¿Qué sirvo á su merced?—Dame un quartillo.
—¿De lo blanco?—Del tinto y oloroso.
¡Ah, mundo miserable y veleidoso!
Tiene cierto color este vinillo...
y cierto paladar... y cierto billo...
¡Mucho ruin!... ¡Oh, vino delicioso!
¡Ya ni en la paz de los sepuleros creo!
¡Venga vino!... El beber no causa empacho.
—¿Del tinto?—De lo blanco lo deseo.
Aliza ese candil... Presto, muchacho.
Más vino, ¡mucho más!... Me tambaleo...
¡Una higa para el mundo! ¡Estoy borracho!

Con el pie en el estribo

Me reprendes ¡oh Fabiol porque digo
que la verdad prefiero á las verdades;
que gusto de morar en soledades,
libre de compañero y de testigo:
que en el mundo, del ánima enemigo,
es todo veleidad de veleidades,
y en vano cariñoso me persuades
á que deje la senda porque sigo.
Tú, que gozas las dichas una á una,
y andas tras el placer al estribo
desde el primer instante de tu cuna,
¿no comprendes que nada me alborote?
Pues sabe la razón de mi fortuna:
antes eché las canas que el bigote.

La del alba sería...

—¿Adónde su merced tan de mañana
y á lomos de ese barro enalbardado?
¿A publicar la bula diputado?
¿A librar á cautiva castellana?
—Huy de la ciudad, que ya es lejana,
y busco el apacible y sossegado
lugar donde se vive sin cuidado
del torpe mundo y de su pompa vana.
—¿Y existe ese lugar, mi Don Quijote?
—A él con amor mi voluntad dirijo,
ansioso de sus auras y sus brisas.
—Detenga su merced, detenga el trote:
que si busca la paz en el cortijo,
se lo dirán á su merced de misas.

Camino del cortijo

Pasaron ¡ay! los venturosos días
de mi dichosa juventud; pasaron
los sueños inefables que forjaron
dentro del corazón mis agridas.
Como turbio raudal, melancolías
mis doloridas sienes empaparon,
y sobre mis tristezas hacinaron
las horas largas y las nieblas frías.
Nublado el sol, oscurecido el cielo,
al peso abrumador de sus cadenas
rindióse al fin mi espíritu valiente.
Negra noche me cubre con su velo
y en la profunda fosa de mis penas
soy Lázaro, sin Cristo que me aliente.

D. LORENZO DE MIRANDA

La irreligión del porvenir

Guyau, espíritu de «vida expansiva y luminosa», según un maestro contemporáneo, trazó en libro la perspectiva de una humanidad fuerte de espíritu y cuerpo exenta de fantasmagorías de ultratumba, emanada de toda ergástula espiritual, é intensificando, sin embargo, la Vida, el Arte, la Belleza, el Bien, el Trabajo.

He ahí el pragmatismo futurista—puede decirse—de esa Humanidad más fuerte, evolucionada, equilibrada. En el fondo, la violencia y desasosiego del ateísmo no son más que intuiciones de una vida futura más perfecta.

Guyau sintetiza sutilmente en estas frases algunas ideas del dogma futuro: «Nada indica que una moral puramente científica, es decir, fundada sólo en lo que se sabe deba coincidir con la moral ordinaria, cuyos componentes son en su mayor parte cosas que uno «siente» y «prejuiza».

«El gran Pan, Dios-naturaleza, ha muerto; Jesús, Dios-humanidad, ha muerto; queda el Dios interno é ideal, el Dios, que acaso se halla también destinado á morir un día.»

Le Bon pensó en un porvenir inmediato, no remoto, cuando auguró la bancarrota de la sociedad presente por ausencia de ideal religioso. La fe futura no residirá en los dioses, sino en los hombres y en la vida. El ideal religioso no será un instrumento para disciplinar muchedumbres, como pretende el ilustre pensador francés, porque el deber será individual y armónico.

La perspectiva del futuro no puede apretarse y ordenarse en un sistema, porque no es dogmática. Su dogma será precisamente la flexibilidad, la libertad, la poesía, el examen, la ataraxia. En una sociedad evolucionada será posible una vida superior y más intensa, que hoy sólo podemos concebir de manera antropomórfica, es decir, con relación á nosotros.

Pero el porvenir no nos pertenece sino en la fantasía. Cuanto edificamos sobre él será imaginado, lógicamente posible, mas no cierto, real. El porvenir no es kantiano, ni escéptico, ni optimista, ni epicúreo. No nos pertenece, sencillamente, porque no existe. Es una anticipación imperceptible de nuestra inteligencia. Hay una suma de porvenir en nosotros, en el presente, pero es imperceptible é incognoscible.

La perspectiva de una Humanidad emancipada, científica, sana de mente y cuerpo, de capacidad psíquica y física multiplicada, quisiéramos verla presentada en intuición en España. Retrotrae la imaginación á la hora presente, actual, á Madrid, y ved cuán lejos estamos de ese ideal los españoles.

Existe entre nosotros una religión cuyos adeptos sienten las turbulencias y oscuridades de un ruralismo tosco, grosero, agresivo, á menudo homicida. La moral del semita Jesús, adulterada, es un señuelo de incautos. Traslada al sacerdote, no es plenamente altruística ni de franco individualismo. Cada momento, cada instante de la vida presenciamos conflictos insolubles, cuya causa es la hibridación religiosa. Clérigos reclutados entre la gañadería, ensobrecidos, culminan junto á una burguesía caquética y cursi. El pasado, la ejecutoria de estos burgueses consiste en haber provisionado á sus conciudadanos en fabulosas cantidades de latas de conserva, envases de alcohol; en haber vendido negros en el Brasil, ó monopolizado el tabaco ó el azúcar; en haber fabricado instrumentos de destrucción humana ó vendido cuchillos y revólveres, de los cuales la Policía ha despojado al comprador una vez fuera de la tienda, sin explicaciones previas sobre los motivos ocultos de su conducta un tanto absurda; en haber acreditado un elixir contra la calvicie de igual eficacia que las abluciones matinales.

Esta aristocracia se instala lo mejor posible en la vida, mienta la eternidad—en ese porvenir que no pertenece a nadie—y placidamente, mansamente, cierra los ojos a la luz, a la evidencia, y en una pequeña parte del producto de sus manipulaciones drogueriles y afines comerciales subvenciona a esos gañanes ensoborbecidos para que le vayan preparando cómoda, deliciosa estancia en «el cielo», en la otra vida, ese lugar delicioso, oh lector!, que ni a ti ni a mí nos pertenece. Admirable cosa debe ser pasear en automóvil por la Castellana, procurarse todos los refinamientos de este mundo y por final gozar de las inimaginables delicias del cielo. Lector, entrístete un poco como yo, porque allí se debe estar muy bien, y para nosotros, pobremente, no se hicieron eso: placeres, siendo tú, como yo, un empernado sensual, un pecador.

Pesa sobre nosotros, formidable, abrumadora, la traición. La intuición de humanidad futura, los simples actuales humanos gozados de otros pueblos no se hicieron para nosotros. El contraste—yo se lo brinlo al señor Dicenta—es un Congreso Eucarístico.

Han ambulado ahora por Madrid unos hombres sucios vestidos de negro. Las calles, en simetría horribles, empujan unos palos enormes. El Congreso ha sido lúgubre, inespíritual, inhumano, apología de la tristeza de vivir. Además, los congresistas eran gente zafra, irascible, inculca, hipócrita; a pretexto de maldadumbre hubieron esgrimido el revólver, apaleado e injuriado al transeúnte que al paso de la procesión no llevas más que la mano al sombrero. Esto es acto de unión. Lo mismo puede serlo alzar un palo, volver las espaldas o empujarse sobre los pies.

Esta gente fanática vino a ser para Madrid un obtáculo en su vida cotidiana y quizá un día de tumulto. No traía ninguna verdad. Aún no han sabido contestar sus teólogos a la formidable interrogación de Pamponazz: «¿Por qué Dios, libre para crear un mundo donde sólo hubiera gente de bien, ha preferido hacer uno con una mayoría de malvados? ¿Por qué siendo omnipotente y habiendo presente desde toda eternidad las faltas de los hombres no los libera de sus imperfecciones? ¿Por qué, omitiendo eso, Dios no peca, en tanto que esa omisión constituye peca para el hombre?». Tampoco sabrán decirnos cómo siendo los hombres malvados perteneciendo al dominio de sus almas, según ellos, al catolicismo, se obstinan en la perversión. Lector, jarrójalos de tu espíritu!

JUAN GUIXÉ

La resurrección de Judas Iscariote demostrada por San Pablo

El rabino Luis Germán Lévy, publica en *Les Droits de l'Homme* de París un artículo, en el cual afirma que aquello de Judas el traidor es una fábula inventada contra la honorabilidad y fidelidad de los judíos a la amistad.

El trabajo del ilustre Maestro israelita, tiene un fin de elevada justicia, vindicando su raza del crimen que imputan a uno de los suyos. Pero como quiere que los que se lo imputan son de la misma familia, entre el crimen de traición y el de impostura de que resultan culpables los evangelistas, poco sale ganando la raza.

El artículo del Maestro Lévy, abunda en aquella erudición bíblica propia de la escuela rabínica y nos trae de conclusión que ni hubo tal Judas, ni tal hombre de Caiot, ni tal Mesías muerto por causa de la traición; y que todo se

debe a una fábula de los evangelistas, tejida con frases espiadas de los rastros del Antiguo Testamento, tratando de demostrar que las profecías se habían cumplido al pie de la letra.

Tan judío es este sistema crítico como el otro.

Ni el hecho de asemejarse las frases del antiguo con las del Nuevo Testamento demuestra que los hechos narrados sean *por esto sólo falsos*, como pretende Lévy, ni que *por esto sólo sean verdaderos*, según pretenden los cristianos.

Dando aparte estas disquisiciones de gentes desocupadas, hemos de examinar otra conclusión y otro argumento, explicado por las propias palabras del Rabino. Su párrafo final es este:

«Una consideración última acabará de dilucidar la cuestión, y es el silencio de San Pablo sobre la traición. El que ataca duramente a San Pedro (Galatas, II, 11 y siguientes) y a los judíos cristianos (I, Tesal, II, Galatas, I, 612), no tiene una palabra de censura contra el que traicionó a Jesús. Antes bien, trae este pasaje que prueba que Judas no cometió tal traición, y es la Carta I a los Corintios, XV, 4 y 5: «El Cristo fué sepultado y resucitó el tercer día y se apareció a Cefas y después a los Doce.» La Vulgata pone «once» pero los manuscritos griegos llevan «doce». Esta aparición tuvo lugar antes de la ascensión. Ahora bien; como la elección de Mateo para suplir a Judas se verificó después (Actos, I, 21 y 26), se ve que Judas formaba parte de los «doce» en aquella aparición. Y por tanto, toda vez que estaba admitido todavía entre los «doce» después de la resurrección, no pudo haber cometido la felonía que se le atribuye, y menos pudo haberse ahorcado como dicen.»

Perdone el sabio rabino. La única nota simpática que había en el proceso de Cristo, era el ahorcamiento de Judas. Ahora resulta que no se ahorcó y que continuó como si tal cosa.

Ya decía yo que esto de ahorcarse un religioso malvado era cosa inverosímil. No quieren ir al infierno. Mejor cuenta les tiene ir a confesar y seguir comulgando.

Empero, en este pleito los católicos no se rendirán fácilmente a partido.

Estos sostendrán que sí, que Judas se ahorcó desesperado, culpándose más de la desesperación que del pecado; porque, tratándose del buen Jesús, con haber ido a confesarle su delito, el perdón estaba asegurado y el bruto de Judas habría podido disfrutar del dinero de la venta y después subirse al cielo al lado de María Magdalena, San Mateo, San Pablo y otros Tenorios arrepentidos.

Es pues, indudable, por ser testimonio infalible del Evangelio, que Judas se ahorcó, como dicen los católicos. Y por igual infalible testimonio de San Pablo (falsado por la Vulgata) es igualmente cierto que después de ahorcado, muerto y sepultado y bajado a los infiernos, volvió a figurar entre los Doce, al lado del Maestro.

Es, pues, un hecho inconcuso que

Judas resucitó, lo cual se compone muy bien con el resto del Evangelio que explica que durante la muerte de Cristo, éste hizo un viaje al Infierno a libertar las almas de los Patriarcas y judíos muertos antes de fundarse el bautismo.

En este viaje, pues, debió Cristo recoger el alma de Judas, ordenándole que animase de nuevo el cadáver ahorcado, y echase a andar, según era costumbre de aquellos tiempos, en que el nombre de Dios hacía revivir los muertos, al revés de estos nuestros tiempos en que en nombre de Dios se remata a los vivos.

Quedamos en esto: en que Judas resucitó en cuerpo y alma. Lo que no hizo Judas fué subirse a los cielos, sino que el barbián prefirió quedarse en la tierra entre los Doce, sin soltar la bolsa ni a tiros y poniendo a ración a todos los apóstoles, diciéndoles poco más o menos lo siguiente:

—¡Compañía de Jesús! Ya habéis visto que el Evangelio sirve a los inocentes para subir al Calvario, y a los listos para hacer bolsa al arriño de los otros. Propaguemos el Evangelio, engendrando muchos inocentes y no soltemos a Cristo así nos arrastren, como no sea con buenos precios y a toca teja. Ea, compañeros; esta es mi Iglesia de los vivos; la otra es la Iglesia de los inocentes: nosotros comentaremos desde el comedor del Vaticano lo que vaya ocurriendo en el Calvario. Y ahí nos las den todas.

Y así fué hecho. Cristo huyó de la Iglesia; pero lo que es Judas, ahí está con todo su Espíritu y con toda su bolsa.

JESÚS MARÍ-JOSÉ

LAMINAS DE PROPAGANDA

Tiradas en cartulina al tamaño de 85 por 50 centímetros.

1.ª Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid en 29 de Junio de 1680. (Cuadro de Ricci.)

2.ª Representación de algunos de los tormentos aplicados por la Inquisición.

Precio, 50 céntimos cada una.

Al tamaño de 43 por 25.

Auto de Fe, presidido por Santo Domingo de Guzmán. (Cuadro de Berrugueta.)

Fusilamiento de Rizal en Manila.

Precio, 25 céntimos cada una.

Veinticinco por 100 de descuento a los correspondientes.

IMPRENTA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 51